héroes del ESPACIO

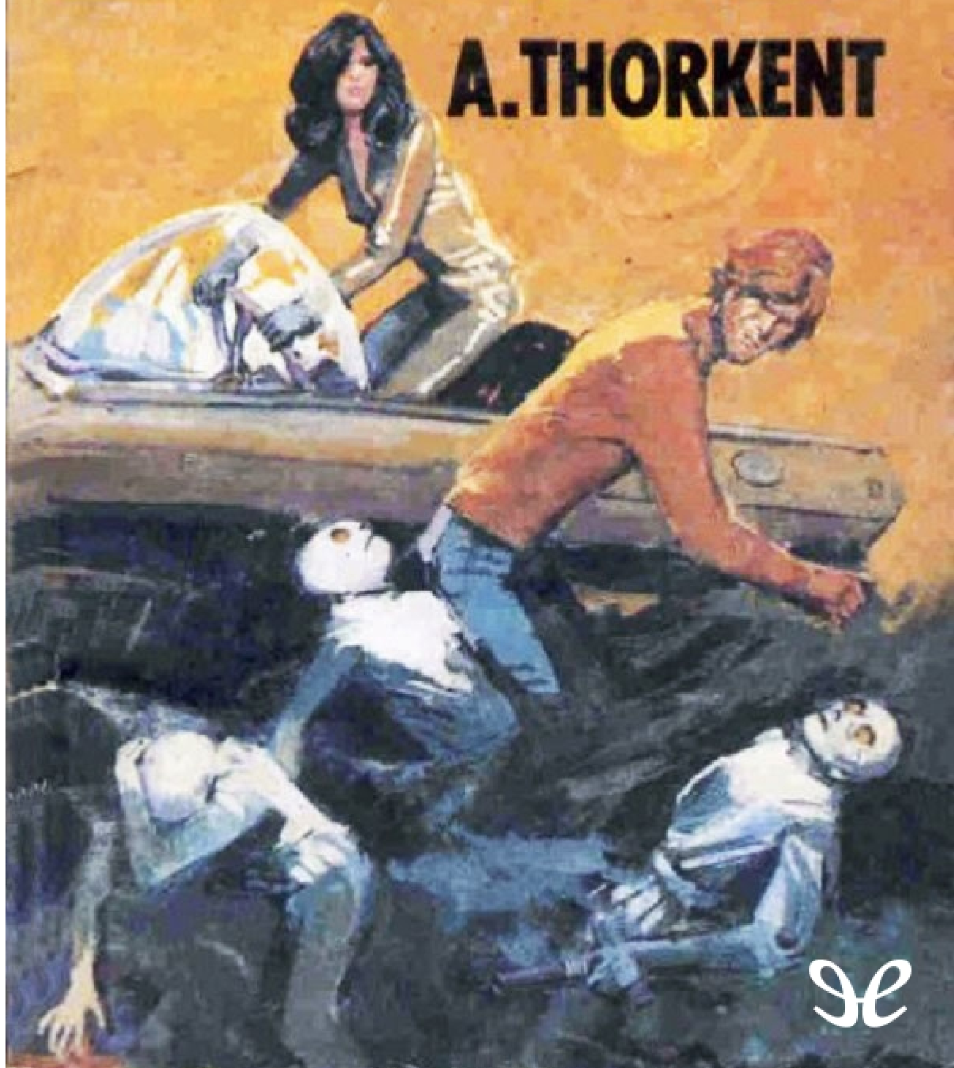
BOLSILIBROS

FUTURO

HÉROES ESPACIO

TRAICION EN URLANKA

A. THORKENT



Urlanka, un planeta donde coexisten dos naciones enemigas -los arganes, humanos, y los humanoides ghaloritas- enzarzadas en una larga y cruenta guerra por el dominio de las regiones templadas -y más habitables- del planeta. Al inicio del relato son los humanos los que llevan la peor parte, amenazados con ser acorralados por sus enemigos en las inhóspitas regiones polares del planeta, razón por la que han realizado un desesperado esfuerzo para armar en secreto una poderosa flota con la que poder inclinar la balanza en beneficio suyo. El protagonista principal es el coronel Dhal Darkes, un carismático militar convertido en el principal puntal de la desesperada resistencia de Arga que, tras varios años de lucha desesperada en el frente, es llamado por sus superiores a un base secreta donde se está preparando una nueva flota. Al llegar allí tras sortear a duras penas los ataques enemigos, se lleva dos sorpresas. La primera, que ha sido ascendido a general a pesar de su reconocida indisciplina, compensada con creces por su bravura. Y la segunda, que los ghaloritas han enviado un emisario a entrevistarse con el jerarca de Arga.



A. Thorkent

Traición en Urlanka

Bolsilibros: Héroes del Espacio - 186

Bolsilibros: El Orden Estelar - 8

ePub r1.0

xico_weno 07.09.15

Título original: *Traición en Urlanka*
A. Thorkent, 1983

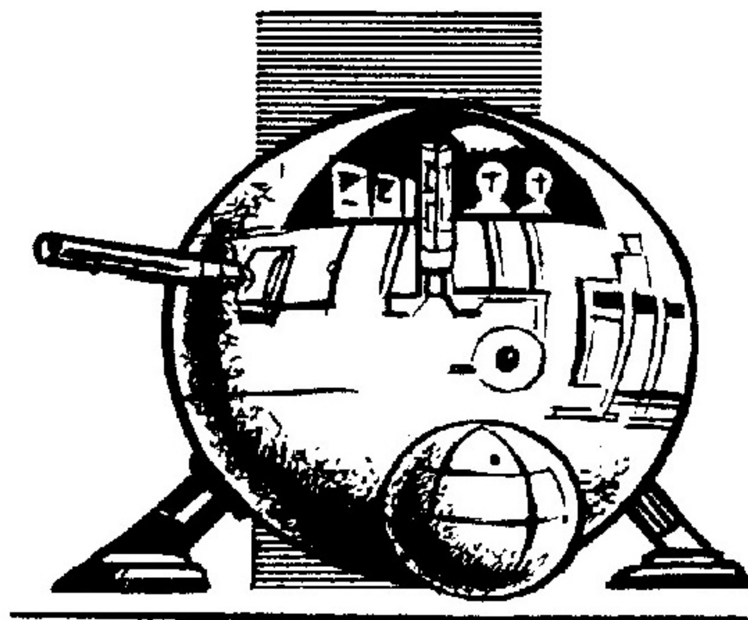
Editor digital: xico_weno
ePub base r1.2





héroes del

ESPACIO



CAPÍTULO PRIMERO

Dhal Darkes sintió en el rostro el frío de la noche al salir de la nave.

Miró el cielo. Densos nubarrones ocultaban las lunas y se deslizaban veloces hacia el sur. Presagiaban tormenta y preludiaban el inicio de un invierno duro.

Varios hombres envueltos en capas negras y pesadas avanzaron hacia el recién llegado. Detrás de ellos seguía abierta la entrada a los subterráneos.

—Coronel Darkes —dijo uno del grupo después de saludar con una inclinación de cabeza—. Bien venido. El jefe Murtan ya sabe que estás aquí y te aguarda.

Dhal miró a quien había hablado. Pese a la oscuridad lo reconoció. Era Fowel, el decano de los Consejeros del estado, el más fiel seguidor del jefe Murtan, además de poseedor de grandes conocimientos científicos. Algunos todavía le seguían llamando por su viejo grado militar. Fowel llegó a ser comandante y renunció a su brillante carrera para dedicarse a cometidos más beneficiosos para la comunidad, como él mismo decía a menudo, tal vez para acallar su conciencia.

—Sígueme, Dhal Darkes —pidió Fowel indicando a Dhal el camino hacia la entrada por la cual surgía luz amarilla.

Antes de hacerlo, Dhal se volvió para echar un vistazo a su nave. Sintió que el corazón se le encogía al descubrir las profundas cicatrices de su fuselaje ennegrecido, huellas de den combates anteriores, pero sobre todo del último que tuvo que sostener para romper el cerco enemigo y llegar hasta allí.

Mientras atravesaba el umbral de la entrada al mundo subterráneo escuchó el ruido de los motores y las cadenas que arrastraban su nave al interior del hangar camuflado, el rumor de las carreras de los mecánicos y las órdenes quedas de los suboficiales animando a los soldados a no perder el tiempo.

Exigencias estratégicas imponían que cerca de la montaña no debía quedar ningún testimonio de la arribada de la maltrecha unidad de combate.

—Tal vez no consigan repararla —dijo Dhal entre dientes, al mismo tiempo que la puerta se cerraba tras sus espaldas.

—¿Decías? —preguntó Fowel alzando una ceja.

—¿No te has percatado de las profundas huellas que posee mi crucero? —preguntó alterado Dhal.

—Apenas.

—Dejar el frente fue fácil, pero fuerzas enemigas nos salieron al paso cuando volábamos la cordillera. Los dioses me han protegido.

—Debemos confiar en los dioses siempre —sonrió Fowel—. Ven, coronel.

Se apartó y le dejó pasar primero. Uno de los hombres que le precedía ofreció a Dhal la abierta cabina de un ascensor, ante el cual dijo el coronel con sorpresa:

—La última vez que estuve aquí no funcionaban.

—De eso fue hace más de dos años —dijo Fowel.

—¿Habéis trabajado intensamente?

—Mientras vosotros defendíais las fronteras nosotros jamás dejamos de pensar en vuestro esfuerzo, en vuestro sacrificio, y nos sentíamos espoleados a dejarnos la piel en el proyecto.

—Ah, el proyecto —Dhal apretó los labios, como si le hubieran nombrado al diablo en medio de una ceremonia religiosa.

Entraron en el ascensor, únicamente Dhal Darkes y Fowel. Los acompañantes se quedaron en el vestíbulo. Mientras la cabina descendía vertiginosamente, el antiguo comandante, sin mirar al ceñudo oficial, dijo:

—Recuerdo que tú te opusiste cuando se expuso al Consejo.

—Defendí el plan de concentrar todo nuestro esfuerzo en la guerra. Entonces pudimos vencer al enemigo. Distraer hombres y esfuerzos es la causa de que la lucha continúe.

—Los ghalores eran fuertes entonces, más de lo que estimaban algunos oficiales impulsivos.

—¿Hace cinco años? —Escupió Dhal—. Hace cinco años pudimos haberlos vencido.

—No opino lo mismo.

—Ellos son ahora más fuertes y poseen más naves y más armas.

Estamos casi derrotados.

—Tú lo has dicho. Casi. En absoluto estamos vencidos. Nuestra debilidad ha sido siempre la falta de suministros, de energía, naves nuevas suficientes para reemplazar a las que iban cayendo. Nos sobraban hombres y mujeres valientes para la lucha, pero hubiera sido una estupidez hacerlo sin equiparlos adecuadamente. Yo pedí cuatro años de plazo para el proyecto, solicité un gran esfuerzo de todos.

—Pero han pasado cinco… —recordó Dhal con pesar.

—En realidad el proyecto exigía seis. Mentí entonces para conseguir la aprobación del Consejo y el refrendo del Jefe Murtan.

Dhal lo miró con reproche.

—Siempre sospeché que ni siquiera tú confiabas en cumplir en el plazo prometido. ¿Ahora está todo concluido?

—Sólo estuviste aquí una vez.

—Hace dos años.

—Eso es. Entonces todavía la montaña no estaba hueca como necesitábamos y las gradas apenas comenzaban a levantarse.

Por primera vez, Dhal miró al hombre enjuto, de mirada profunda y cansada, con cierto interés.

—Cuando se me ordenó venir aquí deduje por el comunicado que se trataba para discutir una propuesta de Ghalor.

—La propuesta de Ghalor también tiene que ver en tu viaje.

—¿Además de qué?

—El proyecto está terminado.

El ascensor se detuvo y Fowel invitó a su acompañante a salir el primero. Después de atravesar un pasillo donde el olor a aceite y a fundición flotaba densamente en el ambiente, negaron a una plataforma desde la cual se dominaba una caverna de dimensiones sobrecogedoras.

Fowel se apoyó sobre la barandilla de hierro y pareció aspirar con deleite el aire viciado y los humos que se elevaban hacia las chimeneas situadas en el techo de granito, perdido en la oscuridad de la distancia.

Debajo de ellos se movía una multitud de obreros alrededor de docenas de gradas donde relucientes naves de guerra recibían los últimos toques.

El ruido resultaba ensordecedor, pero Dhal pudo escuchar las

explicaciones de Fowel porque éste le gritó con todas sus fuerzas:

—Éstas son las últimas unidades del programa, coronel. En otras cavernas los carros sólo necesitan que les sean pintados los emblemas de la patria Arga en sus blindajes. Disponemos de cientos de cruceros y destructores alojados en más hangares secretos, mucho más grandes y capaces que al que ha ido a parar tu vieja nave para ser desguazada.

Entonces le pareció a Dhal que cinco años era un tiempo ridículamente corto teniendo en cuenta la magnitud de la obra que veía desde la plataforma.

—Es increíble —musitó Dhal—. El enemigo no puede sospechar que poseemos tanto material, tan enorme cantidad de armas.

Fowel le puso la mano en el hombro.

—Me temo que los ghalores intuyen algo. No saben qué, pero sí que les estamos preparando una sorpresa, por supuesto desagradable para ellos.

—Definitiva, diría yo —rió Dhal—. Con estas naves podemos echarles de las fronteras, arrebatarles para siempre las tierras de Erdho.

Se dejó llevar por Fowel que quería conducirle fuera de la plataforma. Mientras entraban en un corredor amplio, por el que circulaban vehículos transportando material hacia la caverna, Dhal dijo con entusiasmo que crecía por instantes:

—El enemigo expulsó a nuestro pueblo, hace muchísimo tiempo, de las tierras fértiles de Erdho. Ahora nosotros podemos atravesar sus líneas y arrojarlos a las franjas ardientes para siempre, de donde el diablo debió sacarlos para obligamos a guerrear durante generaciones.

—Cálmate —pidió Fowel. Conocía el temperamento impulsivo del coronel y, por lo tanto, temía sus reacciones, fáciles de llevarle al optimismo más temerario como al pesimismo más profundo. Quizá por todo esto el Jefe Murtan había dejado para más adelante la firma de su nombramiento de general.

Dhal observó entusiasmado el paso de un camión cargado de armas. Detrás llegaban otros. Miró a Fowel.

—¿Cómo voy a calmarme? Llevo mucho tiempo deseando un combate a mi gusto contra los ghalores. Sólo escapando de ellos, ordenando el retroceso de los vetustos carros de combate,

ocultándolos en ciénagas y viendo cómo mis soldados han de administrarse sus municiones. No, Fowel. Ha llegado el momento de sacarme las espinas que los orgullosos ghalores me han clavado a lo largo de estos malditos cinco años, en los cuales no he cosechado una sola victoria, sino un montón de repliegues estratégicos.

Pasó ante ellos el último camión y el antiguo comandante, ahora hombre de ciencia, promotor y responsable del proyecto, le empujó. Ambos corrieron y alcanzaron los primeros escalones de una escalera que ascendía serpenteante dentro del muro de piedra.

—Vamos —dijo Fowel—. Ahora quiero que descanses un rato.

—Yo deseo ver al Jefe.

—Será más tarde. Tu aspecto no es el más adecuado para asistir a una entrevista con un enviado de Ghalor.

—¿Un enviado de Ghalor aquí? —Exclamó Dhal—. ¿Es que estáis locos? ¿Acaso lo habéis traído para mostrarle nuestra nueva fuerza y convencerlo para que solicite a sus amos un armisticio?

—Nada de eso. Estás ofuscándote —rió Fowel. Salieron a una estancia donde hombres y mujeres se ocupaban de archivos y trabajos administrativos—. Nadie lo sabe, excepto algunos miembros del Consejo y varios generales. Tú serás el único coronel que asistirá.

—No entiendo nada…

—Lo entenderás muy pronto. Hace varios días recibimos un mensaje ghalor. Se nos pedía que escuchásemos a un parlamentario que nos enviarían. Creo que ni siquiera el pueblo de Ghalor lo sabe.

Dhal arrugó el ceño.

—Desde hace una semana los ataques enemigos han disminuido considerablemente, excepto el furibundo ataque que padecí para llegar hasta aquí.

—Lo sabemos. Cuando supimos que tuviste que enfrentarte a las naves sobre la cordillera, presentamos nuestra propuesta y estuvimos a punto de romper las negociaciones. El mando enemigo nos pidió disculpas.

—¿Desde cuándo está aquí ese emisario?

—Llegó ayer. Lo recogimos en tierra de nadie y fue trasladado hasta el interior de la montaña con los ojos tapados.

—Habrá podido oír el ruido de las factorías…

—También se le taponaron los oídos. El lugar donde permanece

está insonorizado. No temas, que no sabrá nada a menos que nosotros queramos.

—¿Por esto me dijiste antes que el enemigo sospecha algo de nuestros proyectos?

—Es una intuición mía. No estoy seguro de nada.

Dejaron atrás las salas con las oficinas y entraron en unas dependencias residenciales. Aunque todo era tosco, las paredes desnudas y apenas pulimentadas, Dhal no dejó de considerarlo, como en conjunto, una obra gigantesca y bastante confortable todo.

—Aquí vivimos los dirigentes —explicó Fowel empujando una puerta. Encendió la luz del cuarto y mostró al coronel lo que había dentro. Era un dormitorio pequeño, pero limpio y aseado. Detrás de una diminuta mesa se veía una puerta que debía conducir al servicio de aseo—. Será tu hogar mientras permanezcas en la montaña. Un asistente te traerá comida y un uniforme nuevo —miró el que llevaba Dhal con disgusto—. Intendencia debió proporcionarte otro hace tiempo.

Dhal se quitó a manotazos la guerrera sucia y sudada. Con ella había combatido durante los últimos cien días y ya no se acordaba cuándo fue la última vez que se tomó un baño con tranquilidad. Miró al interior del cuarto de aseo y encontró sobre una repisa jabones, toallas y útiles para afeitarse. Se acarició su barba poblada, rubia y enmarañada, con restos de comida incluso cerca de los labios.

Fowel debía tener razón, pensó mientras se esforzaba por sonreír y se despojaba del cinturón que sujetaba la funda con el pesado láser. A veces se notaba como desnudo cuando no sentía en su cadera el arma.

—¿Puedo saber por qué soy el único coronel llamado aquí?

A la pregunta de Dhal, Fowel cruzó los brazos, suspiró y dijo pacientemente:

—Debiste recibir los entorchados de general hace tiempo, pero tus constantes protestas detenían la mano del Jefe Murtan cuando iba a firmar tu ascenso. Sólo tu valor y fidelidad evitaron que incluso fueras enviado a retaguardia. En el frente solías infundir mucha confianza a la tropa, porque siempre tenías la precaución de gritar a solas cuando te desmoronabas, te hundías en la desesperación.

—Al parecer me espiabais…

—Tus gritos de protesta podían escucharse desde estas profundidades —sonrió Fowel—. No era necesario tener a nadie a tu lado para estar informados de tus arrebatos.

—¿Entonces seré general?

—Tienes muchas probabilidades.

Llegó el asistente y dejó sobre la cama un montón de ropas. A Fowel le entregó un paquete. Cuando quedaron solos, dijo:

—Un poco de licor para celebrarlo, Dhal. Por ahí debe haber un par de vasos.

Dhal los encontró sobre la repisa del cuarto de baño.

—¿Qué celebramos? ¿La culminación del proyecto y la próxima victoria de Arga sobre Ghalor?

Fowel llenó los vasos y esperó a que quedaran vados antes de responden.

—No concibas muchas esperanzas, Dhal Darkes.

Seamos sensatos. Con el nuevo arsenal habremos conseguido igualar la potencia ofensiva del enemigo, pero no superarles. Sólo nuestro valor podría inclinar la balanza del triunfo a nuestro favor.

—Eso dalo por hecho.

—Pero las victorias no se consiguen sin bajas. Morirán miles de los nuestros. Aunque el enemigo quedase destrozado, aniquilado para siempre, la cuenta que Arga tendrá que pagar será cuantiosa.

—A veces no te entiendo, Fowel —dijo Dhal meneando la cabeza.

—Tú siempre me has aborrecido.

—No. Te odié desde que tu proyecto fue aprobado en contra de mi opinión. También me decepcionaste cuando dejaste el uniforme y te encerraste en un viejo edificio para desenterrar los viejos registros, los legados pretéritos para la fabricación de armas.

—¿Sigues teniendo de mí la misma opinión?

—Admito mi equivocación. Eres un hombre inteligente. Dime, ¿por qué no convenciste al Jefe Murtan para que no recibiese al emisario ghalore?

—Porque yo insistí en que debíamos escucharle.

—No dejarás de ser una caja de sorpresas para mí. ¿Qué viene a decimos?

—Ojalá lo supiera —respondió Fowel con gesto preocupado.

CAPÍTULO II

Pudo descansar unas horas.

El mismo asistente regresó para decirle que debía presentarse ante el Jefe Murtan cuanto antes. Dhal Darkes ya estaba despierto y medio vestido. Tenía un aspecto más joven afeitado y limpio. El uniforme le quedaba algo holgado, pero lo prefería así a tener que llevarlo ajustado.

Cuando fue a echar mano de su cinto con el láser, el asistente le advirtió;

—Señor, no le será permitida el arma en la reunión.

—Entonces guárdamelo tú —dijo Dhal arrojándole la funda.

—Tengo cursada una solicitud para ser admitido en su división, señor —dijo el asistente mientras le abría la puerta.

—Los coroneles no mandan divisiones, soldado.

—Pero sí los generales, señor.

Dhal sonrió de forma que el asistente no le viese. Al parecer los bulos corrían veloces en el subterráneo de la gran montaña.

—¿Cómo te llamas?

—Donkee, señor.

Por primera vez, Dhal se volvió para fijarse en el rostro del soldado. No pudo ocultar su sorpresa al ver que se trataba de una chica. Tuvo que hacer un gran esfuerzo para adivinar las formas femeninas, bastante ostentosas por cierto, dentro del mono de trabajo. Donkee usaba un par de tallas más grande.

—¿Qué especialidad tienes?

—Artillero, señor. Antes de obtener el certificado fui instruido como infante. Estuve a punto de marchar al frente cuando un día me despertaron y me enviaron aquí, sin decirme nada. Aunque admito que el trabajo en la montaña es muy importante, me aburro. Ahora espero que no me rechazarán. Necesitarán muchas tripulaciones.

—Indudablemente —sonrió Dhal saliendo del cuarto—. ¿Puedes llevarme hasta el lugar donde se celebrará la reunión?

—Eso me ordenaron, señor. Sígame, por favor.

Por el camino, después de recorrer varios pasillos vigilados por soldados armados, les salió al encuentro Fowel. El delgado hombre, con más sombra de preocupación en su rostro, les apremió con gestos impacientes, diciendo al coronel:

—Vamos, todos están esperando. Ven. Tú, soldado, puedes retirarte.

Cuando quedaron solos, Dhal dijo:

—Es una chica. ¿Cómo no te has fijado?

—¿Qué importa? ¿Ocurre algo con el asistente?

—Me dijo que tenía solicitada plaza en mi división. ¿No te inquieta que el personal sospeche algo referente a mi ascenso?

—Los subterráneos están repletos de rumores; no les hagas caso.

—Espero que la presencia del enviado ghalor no sea conocida.

—No pienses en eso. Entra.

Le abrió una puerta. Al otro lado había media docena de soldados que sólo poseían porras, tal vez eléctricas. Más allá, varios hombres con batas azules dialogaban, formando corros, con generales de diversas armas. Lo común en todos era el gesto adusto, el semblante preocupado.

Fowel llevó directamente a Dhal a una habitación pequeña, con una mesa y tres sillas. Detrás del mueble, el Jefe Murtan leía unos papeles, que soltó al oír pisadas.

Murtan era un hombre mayor, cerca de medio siglo tenían sus ojos, cansados de estudiar planos y releer informes técnicos y bélicos. Las arrugas debajo de los pómulos, pensó Dhal, eran más numerosas que la última vez que se entrevistó con él, apenas hacía dos meses, en una posición avanzada, cuando Murtan inspeccionó las líneas duramente castigadas por la anterior y feroz ofensiva enemiga.

Dhal no pudo reprimir sentirse emocionado al estrechar la mano del viejo luchador. Murtan le sonrió desvaídamente y le invitó a tomar asiento.

—Al otro lado de este muro está el enviado de Ghalor —dijo el Jefe del Consejo de la nación Argane—. Es un almirante. Su nombre es Kin-Kismo.

—¡Kin-Kismo! —repitió Dhal.

—Esperaba que te sorprendieras. Yo no pude dejar de hacerlo cuando me lo presentaron. Al quitarle la venda que cubría sus ojos me imaginé que venía, todo arrogante, a exigirnos nuestra rendición.

—¿No es ése su motivo?

Murtan movió negativamente la cabeza.

—En absoluto. Kinkis, como le llaman familiarmente en Ghalor, está considerado como un héroe nacional.

—Lo sé. Es un magnífico estratega. Si los ghalores tuvieran muchos como él nos sería difícil vencer. ¿Qué pretende?

—Si Kin-Kismo no fuera el portador de la propuesta del enemigo pensaría que se trata de una broma pesada. Coronel, Ghalor nos pide un alto el fuego desde hoy mismo, en caso de que lleguemos a un acuerdo, y empecemos a considerar como positiva para nosotros su propuesta de alianza.

Fue un mazazo para Dhal. Miró a Fowel que permanecía a su lado y lo vio sonreír parcamente. Así, el astuto antiguo comandante conocía la intención del emisario. Poco antes le había asegurado lo contrario. Dhal soltó un gruñido y se movió inquieto en el asiento. Prefería pensar que Fowel conocía el hecho hada poco, antes de que él llegase al despacho del Jefe. En caso contrario estaba decidido a recriminar a Fowel la falta de confianza que le había demostrado.

Murtan se levantó y se acercó a la pared. Retiró un cuadro. Al otro lado había un rectángulo de cristal. Hizo señas a Dhal para que se aproximara, diciéndole:

—Mira. Es un objeto decorativo en la otra habitación. Puedes ver a Kinkis sin que él se dé cuenta.

Dhal miró a través del pequeño rectángulo. Al otro lado había una sala amplia con muchas sillas. Seguramente debía ser allí donde se iba a celebrar la reunión.

Observó con interés al ghalor, conteniendo la respiración, como si temiera que el almirante enemigo pudiera percibir sus jadeos.

Kin-Kismo era un ejemplar de la raza ghalor de magnifica planta. Con su estatura de dos metros veinte centímetros podía mirar con cierto desdén a los arganes. Vestía uniforme rutilante con adornos metálicos, tal vez oro. Permanecía sentado en una silla delante de la mesa larga que ocuparían los miembros del consejo

presidido por el Jefe Murtan.

Kinkis fumaba despacio, sin mover apenas los ojos. Su piel gris con sombras verdosas era todavía tersa. Quizá no tuviese aún la edad considerada entre los ghalores como media. Por la aplastada nariz expulsaba humo y movía cadenciosamente los labios cuando apretaba la boquilla del cigarrillo. Pese a que su aspecto podía resultar grotesco para un humano debido a los hombros anchos y espaldas algo encorvada, el ghalor emanaba majestuosidad y orgullo. Los ojos verdes y felinos se posaron una vez sobre el falso trozo de espejo que decoraba una talla en madera.

Dhal retrocedió imaginándose haber sido descubierto, pero en seguida volvió a estudiar al almirante. En el fondo de la habitación, detrás de la última fila de sillas, dos secretarios se afanaban en disponerlo todo para la reunión, unos papeles que deberían situar sobre la mesa, además de vasos con agua y ceniceros.

Allí se fumaría abundantemente, pensó Dhal con pesar. Le irritaba que la gente lo hiciera, pero sobre todo le ofendía que los ghalores fueran tan aficionados al tabaco, costumbre adquirida de los humanos desde los comienzos de sus contactos en el planeta Urlanka y antes de que las dos razas rompiesen las hostilidades por la posesión de las tierras de Erdho.

—Es un tipo inteligente —susurró Dhal apartándose del mirador.

—Lo es —asintió el Jefe Murtan—. Y valiente. Otro que no fuera él temería quedar prisionero de nosotros, que lo utilizaríamos como rehén para negociar la devolución de un puñado de hermanos nuestros cautivos de los ghalores.

—¿Lo ha llegado a pensar, Jefe?

—Sería inútil. Cuando Kin-Kismo ha venido debemos suponer que él ha dado instrucciones para que su devolución no sea negociable. Además, su rey no lo permitiría. Jamás los ghalores han admitido negociaciones para el intercambio de prisioneros. Esta guerra se está desarrollando sin tratados ni condiciones. Sin cuartel.

Fowel soltó un carraspeo y dijo:

—Señor, es la hora.

—Ah, sí. Está bien, Fowel. Puedes salir y decir a todos que entren en la sala.

Salieron del pequeño cuarto, siguiendo los pasos de Fowel, quien llamó la atención de los reunidos en la estancia contigua y les pidió

que fueran entrando en la sala de reuniones.

Inmediatamente, Dhal Darkes dejó de oír conversaciones. Militares, consejeros y técnicos guardaron silencio y en sus expresiones pudo leerse, como en un libro, una profunda inquietud.

Los humanos odiaban a los seres de Ghalor con todas sus fuerzas y proclamaban a menudo que la enemistad no la comenzaron ellos, sino que los ghalores fueron los primeros en romper la paz, según la leyenda impulsados por su soberbia, por su creencia de considerarse superiores y, sobre todo, por haber sido los primeros en llegar al planeta Urlanka, aunque ésta era una cuestión que los hombres ponían en duda.

En realidad, ghalores y arganes arribaron a Urlanka en un tiempo difícil de precisar. Según estudios llevados a cabo por investigadores e historiadores, sólo al cabo de al menos tres siglos no establecieron contacto, y para entonces los ghalores ya disponían de una tecnología más avanzada que los humanos y les fue fácil imponer su superioridad.

Pero los arganes no terminaron sometiéndose a las leyes ghalores y fortalecieron su nación, situada a caballo entre las tierras de Erdho y las menos fértiles donde se desarrollaron. Sus contrincantes consiguieron empujarlos más allá de las posiciones erdhoitas tras varias guerras, pero los humanos se vieron recompensados en cierta forma al lograr que la codiciada Erdho tampoco fuera un asentamiento permanente para los orgullosos ghalores.

Dhal podía interpretar en las miradas de las personas que iban entrando en la sala la inquietud que les embargaba. Todos desconfiaban de cualquier ghalor. A los humanos podía culpárseles de ser manifiestamente introvertidos y cargados de sentidos de inferioridad ante sus enemigos seculares, lo cual les volvía irritables en una confrontación verbal con éstos.

Los arganes jamás se distinguieron por ser hábiles políticos.

En la sala fueron ocupándose las sillas. Los últimos en entrar fueron el Jefe Murtan, Fowel y Dhal Darkes, quien al intentar encontrar un asiento libre en las últimas filas, fue requerido por Fowel para que se acomodase detrás de la mesa presidencial, ocupando un lugar en su extremo, con sólo Fowel y un general entre él y el Jefe.

Los rumores que escuchó, aunque ininteligibles, se los figuró llenos de comentarios respecto al privilegio que habían tenido con él por recibir el privilegio de compartir la presidencia.

Delante de las filas de sillas, solo y mirando fijamente al Jefe Murtan, el ghalor Kin-Kismo seguía fumando imperturbable, ajeno a todo, con insultante indiferencia en su rostro sombrío y sereno.

Se cerraron las puertas de la sala y los secretarios se acercaron a sus atriles para grabar la reunión y tomar notas, además de proporcionar ayuda a los miembros del consejo de la mesa, suministrándoles datos y les eran pedidos.

De soslayo, Dhal observó a Murtan. Lo encontró algo nervioso. Debía estar pasándolo mal, pensó. El Jefe no era persona acostumbrada a hablar en público, sino a tomar decisiones y llevarlas a cabo personalmente. Murtan prefería una discusión a una conversación.

El Jefe carraspeó dos veces y el silencio se hizo aún más profundo.

—Señores consejeros de Arga, aunque muchos de vosotros conocéis al almirante Kin-Kismo, considero necesario decirles que él está aquí por su propia voluntad y goza de inmunidad absoluta.

Dhal se preguntó a qué venía aquella introducción. Todos lo sabían. En realidad lo que querían conocer los presentes era qué intenciones había llevado a Kin-Kismo hasta allí. Y algunos debían sentirse agobiados pensando que el almirante pudiera llevarse secretos vitales de los subterráneos de la montaña.

—Creo —siguió diciendo Murtan con voz nerviosa— que debemos ir directamente al asunto y que el almirante Kin-Kismo tome la palabra y exponga su intención.

Hizo un gesto al ghalor, quien se levantó despacio, miró a la sala, barriéndola con la mirada. Formó una levísima sonrisa y, después de arrojar el cigarrillo a un cenicero, se situó a la derecha de la mesa presidencial. Sin volver la espalda a nadie, manteniéndose de perfil a todos, empezó a decir con la dura voz de los ghalores, en un lenguaje fluido argane:

—Humanos de Arga, el rey de Ghalor me eligió para comunicaros el deseo de mi nación, expresado a través del Alto Mando ghalor y secundado por mi monarca, a quien los dioses guarden muchos años.

Dhal torció el gesto. Conocía demasiado bien el sentido irónico de los ghalores para dejar de comprender que Kin-Kismo comenzaba burlándose de todos ellos.

O al menos a él le parecía que se burlaba.

—Durante muchos lustros nuestras dos naciones han guerreado, combatido ferozmente y con mucha valentía por sus respectivos ideales. No entremos en detalles para juzgar quién tenía razón, al menos hoy. En nombre del rey Erken-Lo tengo autoridad para proponerles, consejeros de Arga, un pacto de alianza, una colaboración militar estrecha para salvar a los pueblos de Ghalor y el vuestro.

Al concluir su exposición, Kin-Kismo echó la cabeza hacia atrás y contempló sonriente la gama de expresiones de estupor de cuantos arganes ocupaban las sillas. Sólo los que estaban detrás de la mesa permanecieron impasibles porque ya conocían la propuesta del almirante, aunque no las razones que amparasen tal solicitud.

Murtan exigió silencio repetidas veces y, dirigiéndose al embajador, le pidió:

—Señor, ahora es preciso que nos diga cuáles son los motivos. Confieso que yo también lanzaría exclamaciones de asombro en estos instantes si no conociera la pretensión de su rey Erken-Lo de proponernos paz y colaboración para… ¿Acabar con una amenaza? ¿No es lo que ha dicho usted?

Kin-Kismo asintió con vigoroso movimiento de cabeza. Puso los poderosos brazos en jarra y dijo:

—A causa de la guerra hemos convertido en tierra de nadie la apetecida región de Erdho, a la cual apenas se le ha prestado vigilancia. Hace poco tiempo, varias de nuestras unidades descubrieron allí la presencia de invasores. ¡Invasores que serán una amenaza para los dos pueblos!

CAPÍTULO III

Los secretarios descubrieron un mapa del hemisferio y Kin-Kismo, ayudado de un puntero, trazó un irregular círculo sobre la zona central pintada en rojo que dividía las dos naciones en guerra, Arga al norte, próxima a las frías estepas, y Ghalor al sur, casi lindando con las tórridas franjas desérticas que pocos cientos de kilómetros más abajo se convertían en tundras gélidas.

—Aquí fue detectado el peligro, señores de Arga —dijo con énfasis el almirante, golpeando con el extremo del puntero el centro de la parte roja del mapa—. Varios de nuestros cruceros fueron derribados cuando sobrevolaban el área —se volvió con sonrisa mordaz a los presentes—. Si contabilizaron dichas bajas nuestras debido a acciones de sus escuadrillas, lamento desengañarles.

Dhal Darkes apretó los puños. El almirante acrecentaba su ironía por momentos.

—Poseen armas poderosas y proceden del espacio, de más allá de los límites que nuestros navíos pueden alcanzar. Tal vez, del otro lado del grupo de planetas gigantes —dijo Kin-Kismo—. Son seres horribles, monstruosos. Tomamos fotografías y yo confío en podérselas mostrar si llegamos a un entendimiento, aunque les prevengo que no son demasiado buenas. Disponemos de naves gigantescas y, osadamente, están trabajando para levantar una ciudad, una fortaleza o una base, desde la cual se extenderán como manchas de aceite por todo Erdho primero y más tarde, si no lo impedimos, por Arga y Ghalor. Resumiendo, nos aniquilarán.

Después de un momento de silencio, un general del ejército aéreo preguntó:

—Supongamos que le damos crédito, almirante. ¿Qué plan ha trazado el Alto Mando de Ghalor?

—Disponemos de un proyecto de ataque, como bien ha adivinado, general —respondió Kin-Kismo mirando a los ojos a

quien te había interrogado—. Es sencillo pero eficaz. Las fuerzas de Arga y de Ghalor atacarán desde sus bases, por el norte y por el sur, al mismo tiempo. Todavía estamos en condiciones de vencer al enemigo porque no es muy numeroso. Obviamente resulta urgente hacerlo cuanto antes, no esperar a que lleguen más.

—¿Qué tipos de armas tienen?

—Similares a las nuestras —movió la cabeza—. Seamos sinceros. Tal vez mejores, más sofisticadas. Blindajes más poderosos que los nuestros, una tecnología que nos supera en algunos años. Pero nosotros somos más numerosos.

—Usted puede hablar de su propio poder bélico, señor, pero sería aventurado que lo hiciera en nombre nuestro —sonrió el general.

—Durante muchos años ustedes han sabido defenderse, se han limitado a mantener las posiciones o, como mucho, a perder algunos enclaves nada vitales. Sabemos que están tramando algo, que tienen proyectado lanzar una ofensiva en breve. Por lo tanto, es lógico deducir que disponen ya de fuerzas poderosas.

La palidez cubrió rostros apenas acabó de hablar el almirante. Fowel silabeó algo que Dhal pudo apenas escuchar como se había producido alguna filtración desde la base en la montaña hasta los mandos ghalores. Los murmullos en las filas de consejeros fueron nerviosos y Murtan los sofocó con un ademán brusco.

—Sigamos con las especulaciones, almirante —dijo el Jefe—. Tal vez lleguemos a un acuerdo y entre las dos naciones consigamos derrotar y expulsar a los invasores. ¿Qué pasaría después?

Kin-Kismo regresó a su asiento. Dio las amplias espaldas a los consejeros y respondió a la presidencia:

—Las tierras de Erdho son extensas. Por primera vez mi rey ha considerado la posibilidad de un reparto de éstas con Arga.

—¿En qué proporción?

—Exactamente la mitad para cada pueblo. Una línea podría dividirla.

—¿Quién garantizaría la paz posterior?

—La palabra de mi rey y la del Alto Mando. La mía incluso.

Murtan entornó los ojos. ¿Cómo adivinar si el almirante decía la verdad? Todavía se resistía a creer la fantástica historia de que una raza belicosa hubiera arribado al corazón de Erdho con la intención

de aniquilar a los dos pueblos en guerra desde hada mucho tiempo. Por otra parte, tampoco era un disparate. Una nación procedente de más allá del sistema planetario de Urlanka podría suponer que encontraría a dos enemigos casi al borde del agotamiento a causa del largo conflicto, fáciles de vencer, de precipitar su fin.

—¿Qué plazo tenemos para contestar? —preguntó Murtan sintiendo las miradas ansiosas de sus compatriotas.

—El que sea preciso… siempre que resulte breve. Digamos que cuanto tiempo necesiten los líderes de Arga para comprobar que es verdad cuanto he dicho aquí.

—Enviaremos patrullas a comprobar la presencia de esos seres en Erdho —dijo el general que había hablado antes.

—Es lógico. Hágalo cuanto antes —respondió Kin-Kismo. Sólo quiero que me anuncien previamente la partida para que yo prevenga a mis tropas y éstas no os impidan el cruce aéreo. Incluso escoltarían a sus unidades.

—¡Hay desconfianza! —Gritó el general—. Usted, almirante, teme que nuestras naves sigan hacia el sur y bombardeen sus ciudades.

—Nada de eso —sonrió el almirante—. Queremos protegerlos. Mis cruceros socorrerían a sus naves si fueran atacadas por los invasores.

Dos días después de que el almirante ghalor se marchara de la base subterránea, con los ojos tapados y fuertemente escoltado hasta cerca del frente, Fowel buscó a Dhal, a quien dijo:

—Han vuelto las patrullas. —Estaba pálido y alterado—. Han faltado dos cruceros y una flotilla completa de cazas.

—Eran viejas unidades —le reprochó Dhal, que lo manifestó durante la inspección que llevó a cabo antes de la partida.

—¡No podíamos exponemos a mostrar el nuevo material a los ghalores!

Los dos viejos amigos se encontraban en los talleres, por donde pasaban sobre rieles las naves antes de ser llevadas a los hangares. Dhal, sucio y lleno de grasa, se limpió malamente las manos en un trapo que arrojó al suelo, con rabia.

—Pero han muerto tripulantes irreemplazables —dijo.

—Ya es inútil hacernos recriminaciones.

—Está bien. ¿Qué informes han traído?

—En estos momentos los está estudiando el Jefe junto con varios generales, pero yo lo hice antes y puedo decirte que el almirante Kin-Kismo nos dijo la verdad. En Erdho hay seres extraños, poseen unas instalaciones a medio construir, un campo de aterrizaje al lado de un farallón y más elementos dispersos por las llanuras difícil de definir. Dhal, es una invasión en regla.

—¿De dónde proceden?

—Los dioses lo sabrán —Fowel se encogió de hombros—. ¿Qué sabemos nosotros de lo que existe más allá de los grandes planetas? Nuestros naves no son capaces de ir al otro lado. Tal vez nuestros antepasados viajaron a las estrellas alguna vez, pero el secreto fue olvidado una vez y todavía no estamos en condiciones de encontrarlo. Ya tuvimos mucha suerte al poder construir vehículos de guerra para defendemos de los ghalores.

—¿Crees que Murtan aceptará la alianza con Ghalor?

—¿Tú tienes otra solución?

—Lamentablemente, no.

—No parece alegrarte de que la paz esté próxima…

—¡Claro que me alegraré! Sería una experiencia inédita para mí. Nací en plena guerra y confieso que jamás pasó por mi imaginación que durante mi existencia llegaría la paz. Pero no me fío de los ghalores.

—Ellos están asustados por la presencia de esos seres. Saben que solos no podrán vencerlos.

—De todas formas habrá muchas bajas.

—Pero muchas menos que si nos enfrentamos a los ghalores.

—Es posible.

—¿Qué otros temores te corroen?

—¿Qué garantía tenemos que una vez expulsado este grupo de invasión no volverán otros, más preparados y numerosos incluso?

—En Ghalor existe la creencia de que los invasores han estado espiándonos largo tiempo, regocijándose con nuestras luchas, todo por un pedazo de tierra, como si no fuera ésta lo bastante extensa para satisfacer a los dos pueblos.

—Ahora ellos han visto que es posible.

—Ellos jamás quisieron proponemos la paz por la sencilla razón de que nos desprecian. Se consideran gigantes, seres hermosos respecto a nosotros, muy superiores en todo. Sólo querían

exterminarnos, ser los únicos pobladores de Urlanka.

—Tal vez el peligro común a los dos pueblos les haya traído la sabiduría.

—Es posible, no sé —Dhal agitó la cabeza—. Me inquieta que el enemigo intuyera nuestra nueva fuerza.

—Sólo lo sospechaba. Llegó a la conclusión, sin acercarse a la verdad del proyecto, sumando dos y dos, extrañado ante nuestra pasividad. ¿Sabes que sospecho que gracias a su precaución no se atrevieron a lanzar ofensivas que difícilmente hubiéramos podido contener?

—Palabras, palabras. La cuestión es: ¿Vamos a luchar codo a codo con los ghalores contra esos seres? Me gustaría ver cómo son.

—Un emisario de Ghalor ha traído esta mañana, poco antes de que volvieran las unidades sobrevivientes, las pruebas que el almirante nos prometió.

—Vamos a verlas. Luego hablaré con el Jefe, cuando él haya terminado de discutir con los consejeros.

Dhal se llevó las fotografías a su cabina y allí se encontró con Donkee. La chica parecía más mujer que la primera vez que la vio. Llevaba el pelo corto mejor peinado e incluso sus labios le parecían más rojos. Además, el traje de faena le sentaba más acorde con su talla, por lo que sus formas resaltaban con mayor viveza.

—Señor… —dijo ella, sorprendida.

Estaba terminando de barrer y se puso colorada.

—Oh, déjalo ahora. Vuelve dentro de un rato si quieres.

Dhal la miraba de reojo mientras sacaba las fotografías del sobre. Sintió una leve punzada en la mente al pensar que Donkee se parecía un poco a su primera esposa. Ella murió en un ataque enemigo cuando esperaba un bebé.

—Creo que seré incluida en su tripulación, señor —dijo Donkee cerca de la puerta, cargando con los bártulos de limpieza.

—Ah, estupendo. ¿En artillería?

—Comandos de asalto.

—Eso es muy peligroso —replicó Dhal. Aunque había algo en la personalidad de Donkee que le atraía, estaba deseando que la chica se marchase para poder echar un vistazo a las fotografías.

—Sé que usted prefiere desembarcar al mando de los comandos que permanecer en el puente, señor. Lo ha hecho muchas veces, y ni

siquiera siendo general dejará de hacerlo.

Dhal parpadeó sorprendido. Al levantar la mirada descubrió en Donkee una chispa de admiración hacia él, tan fuerte que llegó a turbarle.

Ella debió comprender que tenía trabajo. Le saludó y cerró con cuidado la puerta.

A solas, Dhal resopló suavemente y empezó a mirar las placas.

La mayoría de las fotografías habían sido tomadas desde el aire, a bastante altura. Pocas de ellas estaban ampliadas, sólo las que ofrecían mayor calidad. En dos de éstas podía apreciarse figuras que corrían en medio de edificios a medio terminar, tal vez dirigiéndose a baterías instaladas cerca con la intención de repeler el presunto ataque.

Dhal sólo pudo apreciar seres bípedos embutidos en enormes corazas de combate, cascos abultados que debían proteger cabezas demoníacas.

Guardó las fotos un poco desilusionado.

Más tarde fue requerido por el Jefe Murtan a una reunión en la que sólo participaban seis miembros del Mando Estratégico, Fowel y un científico anciano que lo miraba todo a través de sus lentes de grueso cristal. Recordó que se llamaba Epuram y había sido el maestro de Fowel, quien seguramente le hizo abandonar la carrera de las armas para dedicarse a la investigación.

Apenas le vio entrar en el cuarto, Murtan, con aspecto cansado y voz ronca, dijo a Dhal:

—Darkes, debo darte dos noticias. La primera es que acabo de firmar tu nombramiento de general. Te felicito. La segunda es para que sepas que desde este momento han cesado totalmente las hostilidades entre Ghalor y Arga. Mañana mismo se firmará el protocolo de paz y recibiremos las garantías de Su Majestad el rey Erken-Lo de que la parte de Erdho que apetecemos pasará a formar parte de nuestra patria.

—Debo reconocer que me complace mi ascenso, pero usted me permitirá que ponga en duda si debo alegrarme o no por el acuerdo con Ghalor.

Los hombres del consejo allí presentes miraron a Dhal con estupor y cierto enfado pintados en sus miradas. Alguien gruñó y el Jefe Murtan agitó la cabeza y se sentó pesadamente en el sillón que

tenía detrás.

—Oh, Dhal, no empieces con tus recelos. Ya nos lo hiciste pasar mal cuando saliste del Consejo a causa de tu oposición al plan de rearme secreto.

—Entonces me equivoqué.

—¿Qué te ocurre ahora?

—Confieso que no lo sé. Percibo un olor extraño en todo esto.

—¿No te han convencido las evidencias entregadas por los ghalores? ¿Acaso no crees en la presencia de esos invasores en Urlanka?

El viejo tosió y dijo sin mirar a Dhal:

—Es una oportunidad para establecer una paz definitiva, algo que hemos olvidado. Al fin los ghalores se han dado cuenta de que en este planeta podemos convivir los dos pueblos. Ni en diez mil años nos enfrentaremos por problemas demográficos. Jamás hemos sido unos locos en la degradación del medio ambiente y el desarrollo alocado del aumento demográfico. Naturalmente, si exceptuamos los desastres de esta guerra.

—Haré lo que disponga el Consejo —dijo Dhal.

—Del cual tú entrarás a formar parte desde mañana —sonrió Murtan con complacencia.

—Está bien. ¿Cuándo se atacará a los invasores?

—Cuanto antes. Hemos calculado que en una semana, después de algunas entrevistas con los mandos ghalores, estaremos en condiciones de hacerlo.

Dhal entornó los ojos y se preguntó si debía seguir siendo prudente y no detener una vez más su carrera, como lo hizo cinco años antes al discutir el proyecto que ahora iba a permitirles luchar codo a codo, sin sentirse inferiores, con los ghalores y contra aquellos seres inesperadamente surgidos del espacio todavía desconocido para ellos.

CAPÍTULO IV

En su cabina de mando, desde la cual dominaba cómodamente todo el recinto vital del crucero, Dhal Darkes rompió los sellos y leyó las órdenes secretas.

Durante varios minutos estuvo abstraído en la lectura, deteniéndose en cada párrafo que consideraba importante. Al concluir observó que desde abajo varios oficiales miraban insistentemente hacia su cabina, aguardando las instrucciones de su general.

Algo parecido debía ocurrir a bordo de las otras doscientas naves que volaban sobre la atmósfera de Urlanka, a poca velocidad, hacia la región de Erdho. Cada comandante de unidad y cada general acababa en aquellos instantes de conocer los pormenores del plan de ataque elaborado conjuntamente entre su alto mando y los estrategas ghalores.

Tal vez el único a bordo, y sólo otros tres generales más que mandaban la flota, que tuviera conocimientos previos de la coordenadas para acercarse al enemigo común, era Dhal. Ahora sólo había leído la orden para confirmar su creencia de que no todo era de su agrado.

En realidad habían sido los militares ghalores quienes habían decidido casi todo, valiéndose de sus mayores conocimientos sobre las instalaciones invasoras. Los generales arganes se limitaron a imponer algunas sugerencias que en nada alteraba el plan inicial presentado por el mismo almirante Kin-Kismo, nombrado por el rey Erken-Lo como jefe supremo de la agrupación de Ghalor.

Dhal tenía la impresión de que la flamante flota de Arga había quedado bajo la dirección de Ghalor y se sentía frustrado.

Tanto el ejército argane como el ghalor atacarían al mismo tiempo y desde sus posiciones naturales, envolviendo la base invasora en una tenaza amplia que debería estrecharse a las pocas

horas de haberse iniciado la ofensiva.

Se esperaba que la intervención de los ejércitos hasta ahora enemigos sorprendiera al enemigo común, quien todavía debía suponer a los habitantes de Urlanka enfrascados en su larga guerra.

Dhal se alzó y miró a sus oficiales. Tomó el comunicador y les dijo que cada uno recibiría las instrucciones correspondientes, las cuales entregó a un ordenanza que acudió a su cabina.

Al escuchar el taconazo del soldado, Dhal se volvió y descubrió que se trataba de Donkee, quien le sonrió tímidamente. La chica luda un uniforme hecho a la medida y Dhal pensó que debía estarle algo estrecho, sobre todo la guerrera, ya que los pechos parecían querer que saltaran los botones.

—Donkee —susurró Dhal mirándola. Estaba sorprendido y no pudo ocultar su admiración ante la belleza de la chica—. ¿Al final no te admitieron en los comandos de asalto?

—Estaba libre la plaza de su asistente, señor —sonrió Donkee—. Confío en servirle bien.

—Sí, claro. Vamos, apresúrate en entregar las órdenes. Dentro de una hora volaremos sobre la vertical de la base enemiga y los oficiales querrán aprendérselo todo de memoria.

—Sí, señor —dijo ella echando a correr escaleras abajo.

Dhal quedó un poco preocupado. La misión de Donkee sería estar siempre a su lado, incluso cuando él tomase las armas y bajase del crucero al frente de sus hombres, cuando hubiese acabado el bombardeo.

Abajo se produjo un ligero revuelo al recibir cada oficial sus instrucciones. Algunos se retiraron del recinto, aquellos quienes debían permanecer al frente de las compañías de desembarco.

A continuación restalló la sirena y se anunció el estado de situación roja en toda la flota.

Una pantalla gigante de televisión mostró gráficamente la posición de la flota. Por un momento, Dhal dejó de preocuparse por sus presagios y sintió orgullo ante el resultado del gran esfuerzo realizado por su pueblo al lograr construir en secreto semejante máquina de muerte. Dejándose llevar por sus pensamientos, Darkes se dijo que ni siquiera los ghalores hubieran podido contenerles. En cierto modo, Ghalor debía dar gracias a los invasores de que la guerra no hubiera seguido su curso normal y la paz llegara a

Urlanka, una vez que el peligro del espacio quedara conjurado.

Sólo el día anterior fue informado Kin-Kismo de la potencia bélica actual de Arga. El astuto almirante se limitó a parpadear cuando escuchó la relación de navíos de guerra que Arga iba a poner en línea de ataque. Las fuerzas ghalores eran similares, pero notablemente más gastadas, compuestas por naves reparadas varias veces y sólo contando con unas veinte unidades recién fletadas. Por su parte, los arganes podían permitirse el lujo de dejar arrinconadas las naves antiguas.

En el crucero insignia de la flota el Jefe Murtan transmitía mensajes a todos los comandantes. Dhal apreció en la voz del Líder cansancio y nerviosismo. Sólo cuando estuvo la flota a menos de diez minutos del objetivo creyó percibir un tono de entusiasmo casi juvenil.

Dhal tuvo un pensamiento para el pueblo de Arga, que allá en sus ciudades debía estar en aquellos momentos con la respiración contenida. La noticia le fue dada después del acuerdo de paz. Era gente valiente que asimiló serenamente la nueva situación impuesta por la presencia de los invasores. Sólo necesitaba tiempo para habituarse al hecho de que los ghalores dejaban de ser sus enemigos para convertirse en sus aliados.

El último mensaje previo al ataque de Murtan fue:

—Comandante, dentro de dos minutos iniciaremos el ataque. Acabo de recibir un comunicado del almirante ghalor confirmándome que su flota lo hará al mismo tiempo. Nos encontraremos pronto para reafirmar la paz y celebrar juntos la victoria. ¡Por Arga!

En todo el puente de mando restalló el vocerío que coreó el grito de Murtan. Dhal permaneció callado, con los labios apretados y siguiendo fijamente la marcha de la flota, representada por los gráficos en la pantalla.

Un minuto después se inició el ataque.

A cien kilómetros de distancia y cuando volaban a diez mil metros de la superficie, los doscientos cruceros lanzaron la primera tanda de misiles contra las instalaciones invasoras.

Entonces la flota argane se dispersó en diez grupos y cada cual se concentró en su objetivo señalado previamente.

Las unidades descendieron a los cinco mil metros y desde allí

eligieron sus blancos de nuevo y la segunda andanada rugió desde sus panzas hacia el terreno donde ya se elevaban numerosas columnas de humo negro.

Todavía no habían alcanzado sus objetivos los misiles cuando se anunció la aproximación de proyectiles enemigos.

Dhal comprobó con un vistazo rápido que los invasores habían reaccionado mucho antes de lo previsto. Se tenía calculado que éstos sólo lo harían casi veinte minutos después de iniciado el ataque, y para entonces se confiaba que su poder de réplica fuera muy pequeño.

—¡Separación total! —gritó Dhal, sintiendo que se le helaba la sangre en las venas comprobando que los misiles enemigos eran veloces, aunque no muy numerosos.

En la gran pantalla se produjo un movimiento de dispersión en los puntos luminosos que representaban a los cruceros. Pero ya era tarde para eludir la lluvia mortal que se le acercaba. Tres cruceros estallaron simultáneamente y luego lo fueron haciendo varios más. Dhal se cansó de contarlos cuando llegó a la cuenta de treinta.

Aquello se le antojaba irreal, como si estuviera viviendo una horrible pesadilla. Todos eran conscientes de que el ataque produciría bajas en hombres y naves, pero jamás nadie, ni el más pesimista, pudo imaginarse que sufrirían tantas pérdidas en los primeros minutos.

Y todavía no habían alcanzado la vertical de sus objetivos.

Abajo en el puente todo era un tumulto. Los oficiales se desgañitaban queriendo dar órdenes. El jefe de bombardeo perdió unos minutos preciosos, a causa de la sorpresa, y no reaccionó hasta más tarde. Pero entonces, cuando dispuso una nueva partida de misiles propios contra las posiciones enemigas donde se suponía debían estar enclavadas las baterías, resultó demasiado tarde.

Un momento después las bajas en la flota argane rozaban el cuarenta por ciento.

Dhal saltó de su cabina y bajó a la plataforma. Por el camino se cruzó con Donkee. La chica ya vestía su equipo de desembarco. Él la apartó bruscamente y reunió a un grupo de oficiales.

—Necesito saber nuestra posición y la del enemigo desde donde nos está aniquilando —les gritó.

Cuando uno quiso acercar un computador y una pantalla, Dhal

lo rechazó con toda aspereza.

—No hay tiempo para tecnicismo. Quiero un mapa de Erdho donde figuren los enclaves enemigos, esos datos que decían los ghalores que eran tan fidedignos.

Un teniente extendió sobre una mesa un mapa y Dhal se inclinó sobre él ansiosamente. Después de buscar durante unos segundos, dijo:

—Todos los misiles enemigos han partido desde aquí. Ellos no tenían ninguna otra barrera defensiva. ¡Que los dioses condenen a los espías de Ghalor! Esos asnos no supieron comprender que las instalaciones que vigilábamos todavía no estaban terminadas.

—Nos quedan pocos proyectiles, señor —dijo un capitán.

—Me lo imaginaba. ¿Qué posiciones mantienen nuestras naves? ¿Dónde están las de Ghalor?

—Continúan dispersándose para ofrecer menos blanco, señor.

—Contacten con la nave insignia y que alguien diga a Murtan que debemos descender varias unidades para intentar acallar esos silos que acabarán aniquilándonos. ¿Qué ocurre por el sur?

—Es imposible averiguar la situación de las fuerzas ghalores, señor.

—Deben estar pasándolo tan mal como nosotros —comentó un alférez sudoroso.

Dhal lo miró. Por un momento estuvo a punto de gritarle lo que estaba pensando. Iracundo volvió su atención al mapa. El punto que había enmarcado con un círculo rojo le atraía poderosamente. Pidió información sobre el resto del grupo bajo su mando.

—Seis cruceros siguen manteniendo contacto con nosotros, señor.

—Transmítanles que sobrevuelen el área defensiva enemiga. Deben intentar acallarla con el uso de las reservas de misiles que lleven a bordo. Una vez que los lancen deberán bajar hasta la superficie y desembarcar los comandos.

Salió corriendo el oficial. Otro, con la faz contraída, preguntó:

—¿Qué haremos mientras tanto, señor?

—¡Condenación, teniente, lo que acabo de decir! ¡Afuera las reservas de misiles! Tan pronto como coordinemos un movimiento en común con las otras unidades, descenderemos. Nuestros soldados se echarán sobre esa maldita base con el apoyo de los carros de

combate. ¿Qué pasa con la llamada a la nave insignia?

Desde el fondo le contestó el técnico:

—Señor, es imposible establecer contactos con el Jefe Murtan.

Una voz informó a Dhal que el alejamiento de las unidades de la mermada flota de Arga seguía aumentando. Las bajas ya no eran tan rápidas, pero seguían produciéndose. La estadística fue fría y categórica: Confirmada la destrucción del cuarenta y ocho por ciento de las fuerzas.

Por la pantalla seguidora de proa observaron, hasta que se perdieron a través de las nubes bajas, las dos docenas de misiles que corrían raudos en busca de sus objetivos. Un minuto más tarde el servidor de detección anunció:

—Sólo dos han logrado alcanzar la superficie; los demás fueron anulados en pleno vuelo.

Dhal golpeó con fuerza sobre la mesa, precisamente en el círculo rojo. El enemigo, después de demostrarles su eficacia ofensiva, parecía burlarse de ellos enseñándoles cómo sabía defenderse con eficacia.

De soslayo, Darkes vio a Donkee. Ella permanecía retirada del grupo y cerca de la salida del puente, con las armas del general, su yelmo y demás pertrechos de combate. Tal vez intuía que él iba a ponerse al frente de los comandos apenas tocase tierra el crucero. Donkee no se equivocaba, pensó Dhal. Si no podía acallar las defensas del invasor desde el crucero lo lograría abriéndose camino a tiros por la superficie. Era cuestión de vida o muerte. Si fracasaba podía considerar que la flota acabaría siendo destruida, vencida en fe batalla que algunos creyeron sencilla relativamente.

Sería una derrota humillante, definitiva.

—¡Comunicación desde la nave insignia, señor! —gritó el técnico en enlaces.

—Transmítala aquí —dijo Dhal.

La voz ronca y casi desconocida de Murtan les llegó desde un altavoz próximo.

—… Traición… Solos, nos han dejado solos. Cada unidad deberá ocuparse en salir de esta encerrona… El enemigo conocía con antelación nuestra llegada… Que cada cual conserve su vida para defenderse cortó el mensaje. El técnico movió la cabeza y añadió, después de dejar escapar unas maldiciones, que era imposible

volver a restablecer la comunicación.

—¿Traición? —Dijo un oficial, blanco como el papel—. ¿He oído bien? ¿A qué traición se refirió el Jefe Murtan?

Dhal lo miró con pena. Era muy joven, casi barbilampiño. El pobre chico no comprendía nada. Observó a los demás oficiales. No todos alcanzaban la realidad, se dijo. Varios mostraban una gran consternación, una desilusión inmensa en sus ojos llorosos, llenos de rabia por la derrota que ya les aplastaba.

—¿También nosotros nos retiramos, señor? —preguntó el coronel del puente.

—¡No! —Restalló Dhal con dureza—. Seguimos con el plan. Si alguien no contiene esos misiles la retirada será como un ejercicio de tiro para los invasores. Antes de que salgamos de Erdho se reirán mucho abatiéndonos. ¡Abajo!

Dhal les dio la espalda y se enfrentó con la soldado Donkee, quien con gesto serio se limitó a extenderle los brazos para ofrecerle la parte del equipo de combate que le faltaba.

CAPÍTULO V

De los seis cruceros que iniciaron el descenso sólo cinco lograron posarse sobre la convulsionada superficie que rodeaba las instalaciones invasoras. La nave de Dhal Darkes se encontraba entre los que consiguieron, después de superar los últimos kilómetros disparando sus baterías y recibiendo algunos impactos leves. Fue un contacto brutal el que hicieron y a lo largo de centenares de metros el gran vehículo herido se deslizó bruscamente, hasta quedar detenido tras colisionar con las ruinas de una edificación.

Varias compuertas se abrieron, bajaron rampas y sobre ellas rodaron carros de combate. Detrás, corriendo pesadamente con sus equipos de combate, los comandos hicieron su aparición en medio de un fuego violento que procedía de casamatas diseminadas a lo largo de un área extensa, delante de las instalaciones lanzadoras de misiles.

Los tanques se abrieron, rompieron la hilera y formaron en abanico. Dejando atrás un infierno de fuego que se abatía sobre la mole, varada para siempre, del crucero, la cuña avanzó durante unos instantes con rapidez.

A bordo de un carro, Dhal empezó a concebir esperanzas de poder alcanzar su objetivo, ahora a poco más de doscientos metros. Le fastidiaba no saber cómo se desenvolvían las demás naves, si habían conseguido o no desembarcar sus tropas de asalto.

De pronto, casi insultantemente, echando abajo sus deseos, delante de los primeros tanques se alzó una cortina de fuego que avanzó rápidamente hacia ellos. Era una marea de muerte la que se les acercaba, incontenible.

Los carros en vanguardia fueron engullidos por el torrente de destrucción y apenas los demás lograron virar para eludir la muerte. Cientos de soldados que los seguían no pudieron hacer otra cosa que recibir su fin con inútiles intentos de huida.

Dhal reorganizó sus fuerzas. De su derecha acudía otra formación argane, seguida por una más menguada. Se reagruparon y todas, formando una nueva cuña de acero, reanudaron el ataque, pero ahora disparando sin cesar los cañones.

Si el enemigo les ponía enfrente otra nueva muralla de fuego sería el epílogo de aquel intento desesperado por neutralizar su increíble poder defensivo.

Pero ahora los tanques disponían de más solidez en sus líneas y protegieron con más eficacia a los comandos. Aunque varios iban quedando por el camino, las casamatas eran destruidas una detrás de otra.

Poco después sólo tenían al frente las Eneas grises de las instalaciones que tanto daño les habían causado.

Dhal ordenó fuego y cien bocas escupieron acero y energía a la vez. Dentro del tanque la temperatura subía y sus tripulaciones se sentían sofocadas en sus equipos de lucha. Al lado del general, Donkee seguía las incidencias de la lucha a través del visor de su jefe, con expresión apenas visible tras el plástico de sus anteojos.

—Hemos logrado aplastar sus defensas —dijo Dhal revisando el arrugado papel que sostenía entre las manos enguantadas—. Pero seguirán disparando misiles si no logramos entrar en sus madrigueras y hacerlos callar para siempre.

Por el comunicador principal ordenó que las tropas se lanzaran al ataque. Sabía que morirían muchos hombres y mujeres, pero también sabía que si no lo hacía ninguno llegaría a salir con vida de aquel infierno.

Miró a Donkee y le preguntó:

—¿Preparada? —Intentó sonreír y sólo consiguió una triste mueca dibujada en sus labios—. Si lo prefieres puedes quedarte aquí…

—Iré detrás de usted, señor. Pero… ¿por qué no atacan también los ghalores?

Dhal acabó de ajustarse el yelmo. Se alegró de que Donkee no leyera toda la rabia de sus ojos cuando respondió:

—Ellos estarán regocijándose de todo, sin duda. Ojalá me equivoque, pero… Vamos, más tarde lo sabremos si salimos con vida.

Salió del tanque por la estrecha torreta y saltó al suelo removido

por las explosiones. No dejó de sentir la presencia cercana de Donkee durante el rato que estuvo corriendo, sosteniendo el pesado láser sujeto a su hombro por una gruesa correa, mirando a todas partes para comprobar que los soldados le seguían, así como a otros jefes de distintas naves que habían logrado su objetivo de descender cerca de las instalaciones enemigas.

Se avanzó bajo un techo de humo negro, en medio de una atmósfera que debía ser asfixiante. Cada soldado de Arga poseía su reserva de oxígeno y armas suficientes para combatir durante días sin cesar. Pero Dhal sabía que la lucha se resolvería aquel mismo día.

Dhal corrió y llegó a lo alto de un monte. Desde allí pudo observar las posiciones enemigas. En seguida se arrodilló Donkee a su lado. Ella desplegó el trípode de su láser y lo enfiló hacia el frente. Notó la mirada de la mujer, como preguntándole por qué se detenía cuando ya tenían tan cerca al invasor.

Darkes observaba lo que se extendía en el llano, a unos den metros de ellos. Estaba sorprendido porque estimaba como poco sólidas las instalaciones lanzadoras de misiles, apenas unos muros poco gruesos de hormigón y acero. Le parecía demasiado fácil entrar allí. Más allá se alzaban los muñones de edificios que ellos debieron derribar durante el primer ataque o bien fue logrado por el fuego de los carros blindados.

No podía esperar más para llevar a cabo sus conjeturas.

Los comandos saltaron de los cráteres como impulsados por resortes cuando Dhal dio la orden de ataque. Una riada de hombres y mujeres corrieron furiosos, buscando rendijas por las que infiltrarse.

Y tenían muchas por las que hacerlo.

Dhal encontró una puerta destrozada y entró antes que lo hicieran los soldados que lo acompañaban. Se abrió paso por un túnel disparando sin cesar. Sólo vio sombras difusas que se movían delante de su visor infrarrojo, seres con armaduras de combate que se contorsionaban antes de caer fulminados.

Quedó atrás el corredor y salieron a una estancia de grandes dimensiones. Eran las instalaciones que deseaban acallar. Entonces Dhal sintió una rabia infinita al comprobar que las rampas estaban vacías. Sólo sus servidores se agitaban alrededor de ellas buscando

una vía de escape, que siempre encontraban cegadas por pelotones de soldados arganes.

Nubes de vapor y polvo danzaban frenéticas en medio de todo, como serpientes que se enroscaban en los invasores. Ellos caían destrozados bajo la lluvia de luz de los láseres de Arga. Pocos se defendían. El pánico había cundido en los recintos.

Dhal lo veía todo rojo, del mismo color de la sangre enemiga que iba tiñendo el suelo áspero, las vías de hierro y las rampas exhaustas.

No quedaba allí ningún misil.

Los invasores habían agotado sus reservas.

Dhal no dejó de pensar en los soldados que habían muerto para llegar hasta allí, en los tripulantes de los carros destrozados por las casamatas antes de que ellos pudieran silenciarlas.

Todo el sacrificio había sido inútil, innecesario.

Pisoteó un cuerpo. En un enemigo. Por un momento se fijó en él. Quien estaba dentro de la armadura destrozada a la altura del pecho era un ser con brazos y piernas, con una cabeza que ocultaba el casco grande y con sólo unas ranuras protegidas a la altura de los ojos.

El cegador estallido de los láseres iba perdiendo intensidad. La furia de los soldados se iba aplacando y muy despacio entraba la idea en sus mentes ofuscadas de que ya no tenían enemigos contra quienes disparar.

Donkee apareció por detrás de una columna de acero. Miró a Dhal a través de su visor sudo y le dijo:

—Señor, hemos vencido. Un enlace ha estado buscándole para comunicarle que la flota está regresando.

Dhal saltó sobre el muro de hormigón y trató de ver el exterior a través de las grietas.

—¿Naves regresando? ¿Son nuestras o ghalores?

—Nuestras, general.

—¿Qué ha pasado para que el Jefe Murtan haya decidido volver?

Inmediatamente pensó que tal vez Murtan no era el actual líder de la flota. Quizás había perecido durante el ataque o mientras intentaba retirarse a posiciones más seguras, después de enviarles su arenga vergonzosa.

Cientos de soldados iban surgiendo de todas partes. Instintivamente buscaban el exterior, como si dentro de las instalaciones sintieran ahogarse.

Al casco de Dhal, muy lejanas, llegaban las órdenes de sus oficiales. Los supervivientes eran reunidos por compañías. A veces se gritaban los números de los muertos, al menos cuando algún compañero lo había visto caer.

Fuera, bajo la atmósfera sucia y negra de nubarrones, Dhal caminó seguido por Donkee. Los heridos eran sacados de las barridas casas y colocados en un trozo de terreno poco batido por las explosiones. Pocos eran los tanques que se movían. La mayor parte sólo era chatarra humeante.

La capa de humo fue atravesada primero por una nave y luego lo hicieron otras más. Dhal las fue contando. Diez… Veinte… Se detuvo al llegar a la número treinta y cuatro. Varias mostraban sus fuselajes duramente castigados. Empezaron a posarse en los claros, atronando el aire con sus motores.

Dhal descubrió el crucero con el emblema del Jefe. Se hallaba tan cansado que ni siquiera tenía fuerzas para sonreír, alegrarse por el viejo guerrero siguiera con vida.

La presencia de Murtan fue recibida con alborozo por Donkee.

—Señor, pronto llegarán los ghalores y todos juntos celebraremos la victoria. ¿Ellos han combatido en otro área?

¿Para qué desilusionarla tan pronto?, pensó Dhal encogiéndose de hombros, gesto que ella no podía ver a causa de la coraza de combate. Echó a andar hacia la nave insignia, con el láser cogido por el cinto y arrastrando la culata en el polvo.

Después de que salieran algunos pelotones de comandos, seguidos por unidades sanitarias, apareció Murtan. El Jefe no llevaba completo su equipo de guerra. Al descubrir a Dhal se dirigió hacia él, tendiéndole la mano.

—Darkes… —La emoción le impidió seguir hablando.

—¿Por qué ha vuelto, Jefe?

—¿Me lo reprochas? —Dijo Murtan con pesar—. Te dije que huyeras también.

—Huir es una palabra desagradable. Pensé que alguien debía proteger la retirada del grueso superviviente.

—Cuando me di cuenta ordené la vuelta, después de

comprender que el enemigo había dejado de hostigarnos con sus malditos misiles.

—¡No quedaba ya ninguno, señor! —Dhal se arrancó el casco de acero y lo arrojó al suelo, en donde rebotó con sonidos metálicos—. No podía comunicarme con usted, con nadie. Será mejor que recojamos los heridos cuanto antes y nos marchemos… Antes de que sea tarde.

—¿Tarde para qué?

Una sombra salió de la oscuridad de la compuerta del crucero. Sin que el recién llegado tuviera que identificarse, incluso antes de que hablara, Dhal adivinó que era Fowel.

—Dhal Darkes no ha perdido sus malos augurios, Jefe —dijo Fowel dejando que la triste luz del día mostrase su rostro tras el visor.

Murtan se acercó más al general.

—Dime, Darkes. ¿Qué estás pensando?

Lentamente, Dhal alzó la cabeza y miró fijamente a Murtan a los ojos.

—¿Dónde están nuestros flamantes aliados?

Murtan miró a su alrededor. Fowel abatió las manos, como dando a entender que Dhal jamás comprendería las cosas.

—Fueron atacados antes de llegar a los objetivos, Dhal —respondió Murtan preocupado.

—¿Atacados? ¿Por quienes?

—¡Por los dioses, Dhal! Los invasores tenían su flota aérea en marcha y concentrada en el sur. Los ghalores han combatido contra ellas y la han vencido. Ahora vendrán y…

—¿Lo han dicho ellos? ¿Acaso lo habéis visto con vuestros ojos?

—Después de dar media vuelta escuchamos su informe. Han sufrido muchas bajas, pero acabaron venciendo —dijo Fowel.

En el cielo empezó a extenderse un ruido ronco que iba adquiriendo volumen.

—Es la flota de Ghalor —dijo Fowel. Dhal lo vio sonreír tras el visor—. Bueno, lo que quede de la flota. El almirante Kin-Kismo nos dijo que fueron abatidas muchas de sus naves…

—Busca un agujero y escóndete en él, Fowel —escupió Dhal.

—¡General Darkes, no consiento semejante tono! —gritó Murtan.

—¡Cállese y ordene que todos escapen… si pueden! Por nuestros

antepasados, Jefe, ¿es que no ha comprendido todavía que hemos sido engañados por los viejos enemigos que nos han usado como carne de cañón para que los nuevos hayan sido destruidos?

—Está loco…

La frase de Fowel quedó interrumpida por el agudo silbido de cientos de proyectiles que caían desde el cielo. Inmediatamente pudieron verse a simple vista los cruceros ghalores descender sobre el campo arrasado.

—¡Jefe, si llega a vivir lo suficiente cuente las naves de Ghalor y dígame si no están todas! ¡Jamás se han enfrentado a nadie, nunca…!

Una explosión privó a Dhal de seguir hablando. El misil había caído muy cerca y el crucero insignia saltó de su base y se desplomó como un animal herido de muerte.

Lo que sucedió después fue algo que pasó ante los ojos de Dhal como una pesadilla.

Por todas partes se elevaban los surtidores de tierra, hombres destrozados y material inutilizado.

La tierra removida por el anterior combate fue otra vez zaherida por el arado gigantesco del furioso ataque procedente de las alturas.

Dhal no llegó a ver el desembarco de los ghalores. Para entonces se encontraba medio enterrado en un embudo e inconsciente.

CAPÍTULO VI

Antes de que abriera los ojos, el frío martilleó las carnes de Dhal y le indujo a pensar que se había hecho de noche.

Cuando logró atravesar la maraña que parecía cubrir su rostro comprendió que no seguía en el cráter donde fue arrojado por la explosión, quizá la misma que derribó al crucero insignia.

Al tratar de incorporarse, mientras su visión intentaba acostumbrarse a las sombras que lo rodeaban, Dhal se percató de que no llevaba puesto la mayor parte de las piezas del traje de combate.

Miró a todas partes y lo primero que vio fue el suelo salpicado de escombros, un rincón de una habitación que mantenía apenas dos restos de muro. Un poco más allá descubrió varios cadáveres de comandos arganes.

Se apoyó sobre la rodilla derecha y notó que le dolía todo el cuerpo. Lejos, el aire silbaba al perforar los huecos de las ruinas. Volvió a tener más frío y trató de moverse para desentumecer los músculos.

Cuando escuchó unas pisadas que se acercaban volvió a inspeccionar el suelo en busca de algún arma con que defenderse.

Todavía se hallaba inclinado, removiendo los escombros, cuando una voz extraña que le hablaba su misma lengua, le dijo:

—Sabía que ibas a despertar pronto, perro.

Le sonó a mujer. Se volvió despacio y la vio alzada sobre unos cascotes. Empuñaba una pistola grande que necesitaba ser sujetada por una cinta al hombro. Ella la sostenía con las dos manos. En realidad parecía un fusil. Pero le resultaba desconocido el modelo.

—Cuando te arrastré hasta aquí me decía que debí haberte dado muerte fuera, en el cráter. Pero ahora me alegro de poder hacerlo cara a cara, para que veas llegar tu fin.

La mujer se sentó sobre las piedras y apuntó con más cuidado.

Tenía un rictus de dureza en el rostro que sobrecogió a Dhal, quien pese de la situación y al aturdimiento que todavía le embargaba, trató de razonar. Ella, obviamente, no era una hembra ghalore. Totalmente humana, le resultaba inconcebible que fuera su enemiga.

—¿Te has quedado mudo? —Esbozó una sonrisa que no tenía nada de amistosa—. Sé que habláis el mismo idioma más o menos, tal vez algo arcaico, que el mío.

Dhal reconoció en las piernas de la mujer parte del equipo que viera por vez primera en las fotografías facilitadas por los ghalores de las instalaciones invasoras.

—¡Eres una invasora! —exclamó acabando de ponerse en pie.

—Soy una lankei. Por medio de vuestras malditas comunicaciones supimos que nos llamabais invasores. ¡Malditos seáis todos!

Se fijó en el resto del cuerpo de la mujer. Tenía un uniforme gris cubierto de suciedad. Pero el arma con la que le apuntaba brillaba y en ella debía fijar su atención. El dedo de la invasora parecía temblar ligeramente alrededor del gatillo.

—Jamás he oído hablar de los lankeis —dijo Dhal.

—¿Acaso atacáis a quienes no conocéis? ¿Cómo unos humanos pueden ser tan bárbaros? Los ghalores nos advirtieron de vuestra ferocidad, y aunque los creíamos, nos resistíamos a consideraros a vosotros los arganes como bestias con apariencias humanas.

—¿Los ghalores os previnieron contra Arga? —exclamó Dhal.

—Pareces sorprendido.

—Lo estaría más si no hubiera sospechado algo.

La mujer se levantó y adelantó el arma.

—Ya está bien de charla.

Entonces Dhal se fijó que ella tenía una herida en el brazo izquierdo, precipitadamente curada con un tosco vendaje.

—¡Espera! No debes matarme.

—Dime alguna razón.

—Déjame que te hable, déjame que te pregunte.

—¿Preguntas ahora? ¿Después de haber aniquilado a mi gente, a todos los colonos? ¿Cómo puedo fiarme de ti? Recobré el conocimiento cuando las naves partían. Intentaré encontrar vivo a alguno de los míos, pero te hallé a ti medio enterrado en un hoyo.

¡Qué ruin debe ser un pueblo cuando ni siquiera se lleva a sus propios muertos!

—Lo cual debería hacerte pensar.

—¿Pensar? ¿Qué puedo pensar? Aquí sólo hay muerte y destrucción. Llegamos en son de paz y así nos recibieron los ghalores. Sólo queríamos construir ciudades pacíficamente y labrar la tierra, pero tuvimos que disponer defensas contra los salvajes del norte.

De pronto algo se alzó detrás del muro derruido y Dhal, tras reconocer a Donkee, lanzó un grito para que no disparase contra la mujer que le apuntaba.

Donkee, cubierta de barro y sangre, una figura tétrica, se contuvo de disparar, confusa. Entonces la mujer se revolvió para pulverizarla y Dhal saltó sobre ella, derribándola.

Su oponente se defendió con bravura, furiosamente, pero Dhal consiguió dominarla. La sujetó por las manos y la colocó de espaldas al suelo. Inclinado sobre ella recibió un salivazo en pleno rostro.

Donkee se acercó y preguntó:

—Señor, ¿por qué no me dejó disparar? La tenía bajo mi punto de mira…

Dhal no le hizo caso. Miró a la mujer lankei y la levantó bruscamente, arrojándola contra el muro más próximo.

—¿Podrás ahora escucharme y responderme? He podido dejar que la soldado te agujerease la espalda, como habrás comprobado.

—Es una mujer, señor, una humana —le dijo Donkee a sus espaldas.

—Seguro, Donkee —asintió Dhal inclinándose para recoger el arma de la lankei—. Y si nos ocupamos de ver los rostros de los invasores muertos sólo hallaremos gente como nosotros. No hay monstruos como nos dijeron los ghalores, Donkee. Aquí sólo ha quedado la mentira de los humanoides. Hemos caído en su trampa.

Desde el suelo, la lankei se agitó rabiosa. Parecía que a medida que iba transcurriendo el tiempo aumentaban los reproches consigo misma por haberse dejado sorprender.

—Tú deberás calmarte —le dijo Dhal—. Te ataré para que no escapes mientras la soldado y yo damos una vuelta. Quiero comprobar algo. Luego charlaremos.

Donkee encontró una lámpara de calor que funcionaba y calentó algunas raciones de campaña que tomó de la mochila de un comando muerto. Dhal tuvo que hacerle un gesto imperioso para que la chica entregase una vasija de aluminio a la prisionera, a quien se le había desatado las manos.

—Dime tu nombre, lankei —dijo Dhal observándola a la luz de la lámpara.

—Yshamai.

—¿Grado?

—¡No tengo grado militar! Entre nosotros apenas había un puñado de soldados profesionales.

—Tal vez sabías manejar un misil —gruñó Dhal señalando las arrasadas instalaciones que alumbraban las estrellas, cuando al fin la atmósfera se limpió con el viento del este.

—¡Claro que los teníamos! Los sacamos de nuestras naves cuando se nos aseguró que seríamos atacados por los arganes.

Donkee dejó de comer.

—General, ¿qué ha pasado en realidad?

—Olfateé alguna clase de trampa ghalor, Donkee, pero los dioses no me iluminaron para descubrir cómo sería. Realmente ahora todo resulta tan sencillo que me parece increíble que nuestros enemigos tradicionales hayan triunfado.

—Cuénteme sus excusas, general —dijo Yshamai mientras comía con disgusto la comida que no debía ser de su agrado.

Dhal miró de soslayo a Donkee. La chica también parecía estar impaciente por oírle.

El general hubiera encendido en aquel momento un cigarrillo. Se rebuscó en los bolsillos y la solícita Donkee le ofreció uno de su paquete.

—¿Cómo llegaron ustedes aquí, a Urlanka? —preguntó Dhal a Yshamai, gozando del humo de su cigarrillo. Era como si hubiera transcurrido mil años desde la última vez que fumó, después de jurar que no volvería a caer en la tentación.

—¿Urlanka? Nosotros llamamos a su planeta con una serie de números y letras —la mujer lankei se encogió de hombros, dejando definitivamente de comer—. Es igual. Mi comunidad escapaba de las guerras que asolan los mundos del Quinto Círculo, de la tiranía del Gran Imperio. Supimos de un mundo donde podríamos vivir en

paz y lejos de los imperialistas y de los rebeldes. Nuestras naves descendieron en esta zona y a los pocos días aparecieron varios vehículos que luego supimos eran de Ghalor. La verdad es que no sabíamos que Urlanka estuviera habitado.

—¿Es que no lo investigaron?

—No, no. Apenas teníamos reservas energéticas en las naves. Nuestro viaje ha sido sólo de ida, sin posibilidad de retorno. En un principio recibimos con recelos una embajada ghalor. Tenemos malos recuerdos de las tropas mercenarias humanoides del Emperador. Pero los seres altos y orgullosos que dijeron ser los más antiguos habitantes de este mundo nos previnieron contra los hombres del norte, contra quienes sostenían una guerra larga.

Yshamai se reclinó sobre la roca y recogió las piernas, ya libres de las pesadas armaduras. Sonrió tristemente.

—Dígame cómo su gente logró llegar aquí después de que lo hiciera el pueblo ghalor.

—Los arganes llegamos antes que esas bestias —replicó Dhal—. Pero es una vieja discusión que poco importa ahora. Llevamos aquí varias generaciones, aunque ignoro los motivos que impulsó a mis antepasados a escapar de algo. Tal vez fue otra guerra, y resulta irónico porque desde que llegaron aquí sólo supieron combatir por su supervivencia, así hasta mis días.

—Señor, sigo sin comprender nada —dijo Donkee.

—Su soldado no es muy sagaz, general —rió Yshamai.

Donkee iba a levantarse y Dhal la contuvo.

—Cálmate. Te lo explicaré, Donkee. Los ghalores se presentaron ante los lankeis como seres pacíficos que luchaban porque nosotros los obligábamos. Concibieron un plan sencillo, pero práctico. Luego se presentaron ante nosotros diciendo que debíamos pactar para acabar con un enemigo común, que había llegado a Urlanka para quedarse como los únicos pobladores.

»Supongo que la sagacidad en los ghalores se despertó porque previamente ya conocían que Arga se estaba armando hasta los dientes y podía inclinar definitivamente la balanza de la guerra a su favor. La llegada de los lankeis les resultó providencial. Nos dejaron atacar solos después de avisar a los recién llegados. Por eso nos cogieron desprevenidos cuando nosotros suponíamos que íbamos a sorprenderlos. Los ghalores se limitaron a mantenerse alejados y

luego, cuando ya les habíamos hecho el trabajo, se presentaron para rematarnos, acabar con cuantos habíamos sobrevivido. Ya ves lo fácil que ha sido todo para esos malditos humanoides.

—Al parecer, general, su pueblo y el mío se han despedazado en beneficio de los ghalores —dijo Yshamai muy seria—. De forma muy efectiva. No han quedado supervivientes.

—Me temo que no —dijo Dhal moviendo la cabeza—. Cuánto hemos visto sólo nos ha mostrado muerte.

—¿Qué podemos hacer ahora, general? —preguntó Donkee.

La pregunta de la chica pareció sacar a Dhal de su estado de tensión y de pronto sintió que su organismo se desplomaba de cansancio.

—No lo sé —respondió dejando caer la colilla entre sus pies y pisándola con rabia. Se volvió para mirar a sus espaldas. Atrás quedaban las minas, los muertos y miles de toneladas de material inservible—. Sin embargo, puedo adivinar que en estos momentos los ghalores habrán lanzado un ultimátum a Arga.

—Sería lógico que usted volviera con los suyos, general —opinó Yshamai.

—¿Cómo? Estamos a miles de kilómetros de Arga.

—¿No disponen de más fuerzas?

—Casi toda ha perecido en la batalla, las naves recién fletadas, los mejores hombres. Los ghalores habrán hecho miles de prisioneros.

—¿No quiere pensar que los habrán matado?

—Ellos prefieren hacer prisioneros, convertirlos en esclavos para que les trabajen hasta que mueran reventados de cansancio.

—¿Para su pueblo sólo queda el camino de la esclavitud?

Dhal asintió ante la afirmación de la mujer. En otras circunstancias habría sentido deseo de ella. Era muy hermosa. Ahora, sin una sola pieza de armadura, con sólo un ajustado traje, su cuerpo parecía de fuego a la luz de la lámpara.

Se preguntó si no le estaría odiando. Al fin y al cabo él era un oficial que había mandado las tropas que aniquilaron su gente. De pronto sintió curiosidad por saber:

—¿Cuántos eran ustedes?

La mujer tardó en responder:

—Unos cinco mil.

—Sólo cinco mil —repitió Dhal—. Nos opusieron una defensa increíble.

—Lamentablemente disponíamos de pocas armas…

—Nos habrían arrasado de haber contado con grandes reservas.

—¿Es un cumplido, general?

—Esta situación parece esperpéntica —se quejó él—. ¿Dónde escondieron sus naves, Yshamai?

La aludida movió una mano.

—Las enterramos y sólo dejamos fuera las torretas con los proyectores láser. Sin combustible no servían para otra cosa.

—La advertencia de los ghalores les permitió disponer la defensa…

—Desde luego. Pero sólo nos dijeron con tres días de antelación la fecha y la hora exactas en que ustedes aparecerían.

—Pudieron hacerlo con más tiempo. En realidad a ellos les interesaba que uno de los dos bandos sólo obtuviera una victoria pírrica, para resultarle más fácil su intervención.

Yshamai cruzó los brazos sobre las rodillas y preguntó:

—¿Usted lograría algo regresando a Arga lo antes posible?

—Supongo que sí. Ghalor habrá dado un plazo a mi pueblo.

Dhal se estremeció al querer imaginarse la consternación que habría cundido en las ciudades al conocerse la noticia de la derrota.

—Tal vez podamos hacerlo si los ghalores no han descubierto que las casamatas eran las torretas de nuestras naves estelares. En ellas quedaron algunas lanchas con suficiente autonomía para viajar algunos miles de kilómetros.

—¿Está segura de lo que dice?

—¡Claro que sí! Si su pueblo le ve aparecer recobrara la moral y estará dispuesto a continuar fe lucha.

Sólo debemos rogar a nuestros dioses que podamos sacar alguna lancha de la nave menos deteriorada.

—¿Qué esperamos? Yshamai, ¿cómo podría reparar Arga el mal que ha infringido a su pueblo?

—Tal vez pueda hacerlo, general.

La sonrisa enigmática de Yshamai sólo impulsó a Dhal a decir.

—Llámeme Dhal, por favor.

Donkee recogió las armas y los siguió, rumiando algo entre dientes que habría hecho enfurecer a Dhal de haberla oído.

* * *

Después de comunicar personalmente al rey Erken-Lo el resultado de la batalla, enumerando cuidadosamente las bajas enemigas, tanto de los lankeis como de los arganes, el almirante Kin-Kismo se sentía pletórico de alegría.

Había recibido de Su Majestad calurosas felicitaciones y la insinuación de que sería recompensado largamente. Kin-Kismo intuyó que recibiría la regencia de los territorios que pronto iban a quedar bajo el dominio de Ghalor, las tierras de Arga y las de Erdho.

Un grupo de altos oficiales revoloteaba a su alrededor. Todos comentaban con pasión las incidencias de la lucha, considerando como un juego infantil la intervención de la flota real para rematar la labor que comenzó la agrupación lankei.

Kin-Kismo lamentaba que no hubieran podido capturar algunos cruceros arganes intactos, pero al menos tenía la satisfacción de contar entre los numerosos prisioneros enemigos al Jefe Murtan.

El viejo zorro humano se había defendido como un león, hasta que la superioridad numérica de los soldados ghalores le convenció de que era inútil seguir luchando. Consiguió que sus cansados hombres fueran hechos prisioneros y luego él pretendió suicidarse, lo que fue impedido por guerreros de Ghalor.

Ahora el abatido Murtan yacía en una celda del crucero de Kin-Kismo, que junto con los demás de la flota real sobrevolaba la frontera argane, esperando la respuesta del gobierno y del consejo de Arga a su demanda de rendición incondicional.

—Los invasores del espacio, como yo temía, resultaron más fuertes que las previsiones —había dicho Kin-Kismo a sus oficiales mientras celebraban con bebidas el éxito alcanzado—. Tal como sospechábamos, las naves recién construidas por Arga eran muy poderosas. Creo que nos hubieran puesto en un aprieto de no haber tenido la fortuna nuestra causa de la llegada de esos otros humanos que hicimos creer a Arga eran seres sedientos de sangre y conquistas.

Se brindó por el rey, por la prosperidad de Ghalor y un oficial exaltado gritó que Kin-Kismo pronto vería reconocido su valor y su astucia recibiendo la administración de Arga.

—No nos precipitemos, camaradas —dijo Kin-Kismo sonriente—.

Tal vez los arganes nos den ciertas molestias, no se rendirán tan fácilmente. Tenemos miles de prisioneros. Si no contestan afirmativamente a nuestro ultimátum en el plazo fijado, les bombardearemos con los cuerpos de sus compatriotas cautivos.

Los prisioneros arganes permanecían, excepto su jefe, en una vieja fortaleza abandonada, a pocos kilómetros de la frontera. Dos cruceros y sus dotaciones los custodiaban. Tenían la orden de ejecutarlos a todos si eran atacados, circunstancia que Kin-Kismo ponía en duda porque el enemigo tardaría mucho tiempo en reaccionar. Bastante ocupación tendría dedicándose a defender lo poco que le quedaba.

—Volverán a sacar lustre a sus viejos cruceros —dijo el almirante en voz baja—. Sé que emplearon toda su fuerza, la totalidad de las naves que han estado construyendo en secreto durante este último lustro. Cuando se rindan tendrán que revelarme la situación de sus factorías.

Luego se interesó por si había llegado contestación de la capital argane. Cuando el soldado le contestó que no, el almirante se sintió un poco defraudado, pero se dijo para sí:

«Apurarán hasta el límite el plazo que les he dado. Tal vez me haya excedido al concederles dos días para pensarlo».

Bajó hasta el nivel donde estaba el prisionero y alejó los soldados que entraron con él en la celda.

Murtan no se levantó cuando lo vio. El Jefe argane tenía destrozado el uniforme y un brazo lo llevaba colgado de un tosco cabestrillo. Miró al ghalore con rabia.

—¿Has venido a comunicarme algo importante? —preguntó. Le obsesionaba la idea de que su pueblo, llevado por el abatimiento, hubiese solicitado la rendición.

—Si piensas que ya se ha producido la claudicación, debo ser sincero contigo y decirte que no… todavía. Pero ten la seguridad de que será así. ¿Qué puede esperar Arga? Nosotros no hemos sufrido una sola baja en cuanto a naves, sólo unos pocos soldados heridos y una docena de muertos. Nada comparado con vosotros.

—Uno de tus oficiales me ha contado todo.

—¿Te ha parecido genial el plan?

—Hemos sido unos imbéciles al creeros.

—Siempre pensé que los arganes sois idiotas.

—Debimos escuchar al general Darkes.
—¿Acaso él sospechó algo?
—Sí. ¿Sabes si vive?
—Al menos no está entre los prisioneros. Me hubiera gustado tenerlo vivo. Dhal Darkes ha sido mi peor rival en la guerra. Le hubiera dado una muerte lenta y dolorosa.
—Hace un rato escuché a mis guardianes comentar que una pequeña nave ha cruzado vuestras líneas en dirección a Arga.
El rostro humanoide de Kin-Kismo se contrajo.
—Castigaré a esos soldados por charlatanes. —En seguida intentó dulcificar su rabia—: En realidad no tiene importancia. Es cierto. Una de vuestras lanchas salvavidas logró romper el cerco. Identificamos a uno de los que la tripulaban.
—¿Darkes? —Preguntó con ansia Murtan—. Si se trata de él ten la seguridad de que Arga no se rendirá y os costará muchas vidas poder doblegamos.
—Darkes debe permanecer entre montones de cadáveres —rió el almirante—. Sabemos que a bordo iba Fowel. Es un humano capaz, pero no lo bastante para sostener vuestra bandera por mucho tiempo.
—Al aniquilar a esos humanos que nos hicisteis creer eran seres crueles, corréis el riesgo de que sus compatriotas viajen a Urlanka para vengarlos.
—Nada de eso. Antes de ultimar el plan nos aseguramos de que ellos están solos. No hay más. Así nos lo dijeron cuando les advertimos de que serían atacados por los seres del norte. Por lo tanto, este planeta está destinado a albergar una sola raza en breve; la nuestra, para gloria de Ghalor y su rey.
—Perro ghalor… —escupió Murtan a los pies del almirante.
—Pronto dejarás de ser insolente. Mis científicos harán de ti un esclavo sumiso. Es posible que te acepte para que me limpies las botas con tu lengua.
Riendo, Kin-Kismo salió de la celda. Dentro quedó, abatido, el Jefe Murtan.

CAPÍTULO VII

Yshamai pilotó el pequeño vehículo en el cual apenas cabían las tres personas. Cuando Donkee se quejó de lo apretados que iban, la lankei te respondió despectivamente:

—Dale gracias a los dioses por ello, soldado. Los ghalores no podrán detectarnos debido a nuestra pequeña masa.

Dhal sentía muy cerca el cuerpo de la mujer. Le gustaba el contacto de Yshamai. Detrás, Donkee no cesaba de protestar por lo incómoda que iba, rodeada de las armas que habían rescatado del campo de batalla en condiciones de funcionar.

—¿Cuándo llegaremos al punto que te he dicho, Yshamai? —preguntó Dhal.

—Estamos sobrevolando la línea fronteriza de tu país y el territorio Erdho —contestó la lankei sin volver la cabeza—. Esas montañas que dices… ¿No sería mejor descender en la ciudad más importante de Arga?

Dhal se humedeció los labios. Aunque se sentía un poco miserable por no haber contado a Yshamai toda la verdad, el secreto de las factorías instaladas en el interior de la montaña, había decidido seguir el consejo de Donkee de no revelarlo por el momento.

Donkee, pensó Dhal, no se preocupaba por manifestar su antipatía hacia la mujer lankei. No podía comprender los motivos de la chica, ni quería pensar que ésta sintiera celos de Yshamai. Durante las horas que estuvieron trabajando para sacar de la nave el vehículo, Yshamai se dejó besar por él. Los dos creían estar solos, pero Donkee no estaba tan lejos como se imaginaron y Dhal sospechaba que los había visto.

—Hemos dejado muy atrás las posiciones ghalores —anunció Yshamai al cabo de un rato—. Vuelan a gran altura y describen círculos amplios.

—Seguramente están esperando el momento de atacar a Arga —rumió Dhal intentando ver en la oscuridad de la noche.

—¿No hay a bordo un comunicador para advertir a las baterías arganes que no nos disparen? —preguntó Donkee.

—Es de muy corto alcance —se lamentó Yshamai—. Cuando nos aproximemos a esas montañas lo utilizaremos. Dhal, ¿qué tenéis allí?

Donkee emitió un gruñido de protesta. La lankei se atrevía a tutear al general. Claro que él se lo había pedido, pero de todas formas lo consideraba como una falta de respeto. Sintió un ramalazo de resentimiento hacia Dhal. El general jamás la había mirado como a una mujer, sino como un soldado más de su tripulación, a pesar de estar constantemente a su alrededor, incluso durmiendo algunos días en el pasillo donde Dhal tenía su camarote. Por las noches ella había soñado que él la hada entrar, invitándola a dormir juntos. ¿No era una práctica normal que algunos oficiales se sintieran atraídos por las mujeres soldados o tripulantes y mantuviesen con ellas idilios más o menos duraderos?

Donkee se sentía despechada, humillada. De repente, su idolatrado general Darkes se comportaba como un oficialillo cualquiera con la mujer lankei, como un jovenzuelo sin experiencia, mirándola siempre con ojos ansiosos, repletos de deseo.

El vehículo viajó a gran velocidad, pilotado expertamente por Yshamai. Donkee, agotada, acabó quedándose dormida. Cuando despertó vio que Dhal tenía puesto su brazo alrededor de los hombros de la lankei y ambos hablaban, muy cerca sus caras, en susurros.

—¿Cuánto falta para llegar? —preguntó Donkee casi gritando.

Dhal se sobresaltó y la miró ceñudo. Por su parte, Yshamai soltó una risa burlona y respondió:

—Dentro de pocos minutos. Ya hemos advertido que nos aproximamos. Al parecer allí existe una base militar importante, ¿no?

—Ya no puedo ocultártelo, Yshamai —sonrió Dhal—. Pronto lo verás con tus propios ojos. Efectivamente, allí disponemos de un pequeño mundo subterráneo que pienso puede servirnos para impedir que los ghalores consuman su victoria.

—¿Quién está al mando de esa base?

—No debería decirle más por el momento, señor —aconsejó Donkee.

—Vamos, muchacha —rió Dhal—. Yshamai me ha contado que ella puede solicitar ayuda a su mundo si dispone de un transmisor potente que emita por vía láser.

—¿No dijo que estaban en Urlanka todos sus compañeros? Señor, ha debido usted aprender a no fiarse de nadie…

—¡Donkee! No te permito que hables así…

—¡Pues deberías escucharme, Dhal! —gritó la chica.

El general se quedó con la boca abierta debido a la sorpresa que experimentó al ser tratado tan familiarmente por Donkee. Yshamai volvió a reír. Parecía divertirle mucho la situación.

—Donkee se merece una explicación, Dhal —dijo la mujer lankei —. Otra expedición de emigrantes de mi pueblo se dirigía a cierto sistema planetario no muy lejos de éste. Todavía estamos a tiempo de llamar y pedirles que nos ayuden a vengar a los muertos.

—Pero si hemos sido nosotros los arganes quienes os hemos aniquilado…

—Vosotros no habéis tenido ninguna culpa —dijo Yshamai—. Aunque los disparos fueron vuestros, la mano de Ghalor era quien en realidad apretaba el gatillo.

—Debo admitir que eres asombrosamente razonable —admitió Donkee bajando la cabeza.

Yshamai no contestó. Se ocupó de bajar el vehículo y conducirlo hasta un perímetro de la montaña liso como la palma de la mano, en donde de súbito se encendieron luces de posición.

—Nos están aguardando —dijo Dhal.

—Todavía no me has dicho quién es el jefe de la base.

—Epuram.

—¿Un general?

—Un científico. Los subterráneos no dependen del mando militar en su totalidad. El jefe Murtan dejó a Epuram al cargo.

—Me parece que tú deberías asumirlo, querido Dhal.

A Donkee le fastidió el tono cariñoso empleado por la mujer, pero estuvo de acuerdo con ella que Dhal debía ser el jefe de la base en la montaña, además de toda la nación argane, asumiendo el poder del Consejo.

Pero en seguida pensó que un general derrotado tenía pocas

probabilidades de conseguir el mando provisional de Arga.

El vehículo se deslizó por la pista de aterrizaje y se detuvo a pocos metros de la entrada de un hangar. Varios hombres corrieron a su encuentro. Todos iban armados y se acercaron con desconfianza.

Cuando apareció Dhal, un soldado exclamó:

—¡Es cierto! Es el general Darkes.

Dhal saltó al suelo y dijo:

—Estas mujeres vendrán conmigo. Necesito ver inmediatamente a Epuram.

—Epuram murió hace unas horas, señor.

—Sufrió un ataque al recibir la noticia de la derrota —añadió otro soldado.

—¿Quién ostenta el mando?

Una figura salió del hangar y corrió hasta ellos.

—Soy ahora el jefe actual de la base, Dhal —dijo cuando estuvo cerca de una luz.

Dhal exclamó al reconocerlo:

—¡Fowel!

Se abrazaron fuertemente.

—¿Quién es esa mujer? —preguntó Fowel mirando a Yshamai.

—Una invasora.

—Sería estúpido por mi parte presentarle mis disculpas por lo sucedido —dijo Fowel mordiéndose los labios.

—Olvídate de eso ahora —dijo Dhal—. ¿Sería posible hacer traer aquí a todos los miembros del Consejo?

—Están llegando de todas las ciudades de Arga —contestó Fowel —. Los necesito para redactar la respuesta a las exigencias ghalores de rendición.

—Magnífico. Desde aquí podemos organizar la defensa.

Estaban cerca de la entrada. Fowel agarró a Dhal por un brazo. Lo miró fijamente a los ojos.

—¿Es que no comprendes la situación? Yo y unos pocos hombres hemos sido los únicos que logramos escapar de la matanza. ¿Qué podemos oponer a las fuerzas intactas de Ghalor? ¿Las viejas naves que arrinconamos cuando estrenamos las que ahora yacen convertidas en chatarra?

—¿Es que estáis pensando en rendiros?

—Vamos. Lo discutiremos tranquilos en presencia del Consejo.

Dhal lo siguió al interior del ascensor, muy preocupado.

* * *

Fowel, después de escuchar los informes, procedió a hacer un resumen:

—La mitad de los miembros del Alto Mando y del Consejo han perecido en la batalla o se encuentran prisioneros de los ghalores. Aquí sólo están los consejeros locales de las ciudades —miró al grupo de hombres que llegaron abatidos a la base y ahora parecían algo más animados—. En total somos veintidós. El general Darkes ya les ha contado cómo se desarrolló la batalla que también yo viví y sufrí. Opina Darkes que la guerra debe seguir. Doce de vosotros considera que sólo conseguiríamos llevar a la muerte a miles de nuestros compatriotas. Por lo tanto debemos decidir pronto. Sólo nos quedan treinta y seis del plazo concedido por Ghalor.

Dhal miró a los consejeros uno por uno. Cinco de ellos eran oficiales, veteranos de la guerra que hacía años fueron relevados del mando por la edad. Pero seguían siendo buenos estrategas y podían suplir a los ausentes, pensó viéndolos menos desmoralizados que cuando arribaron a la base.

—Necesitamos un líder —dijo un consejero.

—Yo lo seré —dijo Dhal levantándose.

Otro consejero esbozó una sonrisa amarga y comentó que poco podía garantizarles un general huido.

—Pero sigo vivo y todos debéis saber que me opuse a la alianza con Ghalor.

—¿Es usted un adivino, general?

—Nada de eso. Sólo exigí garantías, más pruebas.

Sise me hubiese escuchado ahora no estaríamos con una batalla perdida en nuestras espaldas.

—Querrá decir con la guerra perdida…

—¡No! Pensemos que sólo hemos llevado a cabo una retirada estratégica, aunque muy costosa. Antes de que se cumpla el plazo podemos disponer de la flota antigua Si se vuelve a trabajar en los astilleros subterráneos volveremos a contar con veinte o treinta naves en un mes. ¿No es cierto, Fowel?

—Más o menos.

—El enemigo espera nuestra rendición. Se llevará una sorpresa si retiramos la gente de las ciudades y se esconde en los bosques, en las montañas. Podemos traer a miles de hombres y mujeres a la base, cuya existencia, por fortuna, sigue siendo ignorada por Ghalor. Reorganizaremos el ejército, usaremos la reserva de oficiales.

«Si mi anterior crucero no está desguazado, será puesto otra vez en servicio, así como todas las naves que consigamos artillar. En caso de que podamos enfrentamos abiertamente con el enemigo, nos dedicaremos a asestarle golpes de mano, a hostigarlo continuamente».

—General Darkes, olvida usted algo —dijo un oficial de la reserva—. Si la guerra continúa se desarrollará en Arga. Será difícil mantener por mucho tiempo en secreto la posición de esta base. Los ghalores acabarán triangulando las rutas de nuestras naves y descubriéndola.

—Es posible, pero confío que para entonces habrá transcurrido un mes o dos, tal vez tres.

—¿Y entonces?

Dhal hizo una señal a Yshamai. La mujer se levantó y cayeron sobre ella todas las miradas, curiosas.

La lankei, con ropas limpias, estaba encantadora. Sonrió a los presentes y Donkee, sentado en un extremo de la sala, tuvo que admitir que su rival se había conquistado al Consejo sin haber empezado a hablar.

—He revisado su comunicador láser y confió en poder transmitir un mensaje a la expedición que pretende arribar en otro mundo situado a unos dos años luz de Urlanka.

—¿Pero ellos accederán a interrumpir un viaje que les conducirá a un planeta donde encontrarán paz para venir aquí y luchar?

—Conozco a mi pueblo y sé que lo hará.

—Entonces comuníquese con ellos y que le confirmen si vendrán o no —dijo Fowel.

—Debemos votar todas las propuestas… —dijo el consejero.

—Será una sola votación —propuso Dhal—. No hay tiempo para separarlas. Si soy nombrado jefe se rechazará la petición de los ghalores y se permitirá a Yshamai que pida socorro a su pueblo. Yo debo asumir el mando absoluto mientras dure la etapa final de la

guerra.

—No queremos dictadores, general Darkes —advirtió una voz.

—Yo tampoco, pero las circunstancias son especiales. Cuando se restablezca la paz presentaré mi dimisión. Si no logramos la victoria poco importa ya nada.

CAPÍTULO VIII

Dhal entró en su antiguo dormitorio de la base y se quedó en el dintel, mirando cómo Donkee terminaba de arreglar la cama.

—No debieras estar aquí —dijo acabando de entrar.

—Mañana le enviaran otro asistente, señor —respondió ella muy seria.

—Me gustas más cuando te enfadas. Entonces me tuteas y lo haces de una forma encantadora. ¿Por qué no lo intentas ahora?

Ella puso los brazos en jarras, adelantó el mentón y dijo con tono desafiante:

—¿No vendrá esta noche la lankei para calentarte la cama?

Dhal soltó una carcajada que le relajó después de tantas horas de tensión. Las cosas no podían ir peor y pensaba que habían mejorado algo durante las últimas horas.

—Mira, Donkee, mañana te darán los galones de sargento. Si no puedes seguir siendo mi asistente es porque un suboficial no puede serlo. ¿Entendido? Mientras tanto seguiremos siendo amigos estando a solas.

Ella recogió una bolsa con avíos de limpieza y se dirigió a la puerta.

—Yshamai puede ser tu amiga, general. Si la veo le diré que la esperas.

—¡Firmes, soldado! —Bramó Dhal—. El ejército de Arga nunca se distinguió por su disciplina, pero esto ya es demasiado.

Donkee pegó un respingo y se puso firmes. Dhal se acercó y se inclinó. Ella temió una nueva reprimenda y cerró los ojos. Los abrió cuando sintió los labios del hombre que la besaban.

—No discutamos ahora, preciosa —dijo Dhal retirándose e intentando, sin conseguirlo, ahorrar un bostezo—. Sólo quiero dormir, aunque sea un par de horas. Dentro de poco se acaba el plazo.

—Oh, lo siento. Diré que no te molesten.

—Sé amable con Yshamai si te encuentras con ella.

—Lo intentaré.

—Ya es algo —suspiró Dhal derrumbándose sobre la cama. Al instante quedó profundamente dormido. Muy despacio, para no despertarle, Donkee le quitó las botas y luego lo tapó con una manta.

Iba a retirarse cuando unos puños golpearon la puerta.

Donkee la abrió y pidió silencio.

—Tengo que hablar con el general. —Era Fowel, quien la apartó y entró en el cuarto. Dhal no estaba tan profundamente dormido e inmediatamente se incorporó, mirando con cara de pocos amigos al recién llegado.

—Tú mismo me insististe en que descansara un rato.

—Lo lamento, Dhal; pero hemos recibido un aviso de los ghalores.

—Todavía no se ha terminado el plazo.

—Quedan quince horas. El rey Erken-Lo nos lo amplía a treinta horas más.

—Es demasiado amable por su parte. ¿Qué pretende ese bufón?

—A cambio de la prolongación nos advierte que acabado este tiempo pasarán a cuchillo a todos los prisioneros que mantienen a unos pocos kilómetros de la frontera —aspiró hondo y añadió—. Entre ellos está el Jefe Murtan. Yo pensaba que había muerto.

—Llama a Yshamai —pidió Dhal buscando sus botas con la mirada.

—Ella acaba de hablar con su gente.

—¿Cuál es la respuesta?

—Afirmativa. Han cambiado de rumbo y vuelan a toda velocidad hacia Urlanka. Pero no estarán aquí antes de dos días.

—Temí que fuera más. ¡Las botas, Donkee!

La chica corrió a buscarlas y empezó a ponérselas al general mientras éste seguía hablando con Fowel.

—¿No es una suerte que la gente de Yshamai se encontrase tan cerca de nuestro planeta, general? —preguntó Donkee apretando los dientes para encajar la bota en la pierna derecha de Dhal.

El general cerró los ojos. Ahora le tocaba a él soportar a una persona que encontraba en todos motivos para recelar.

—De todas formas será tarde —Dhal meneó la cabeza—. El plazo se habrá acabado antes de que estén aquí los lankeis. Para entonces habrán muerto los prisioneros. ¿Has estudiado el lugar donde los mantienen encerrados, Fowel?

—Sí. Han levantado un campo de concentración provisional, en los llanos junto al río Negro. Las tripulaciones de dos cruceros son los guardianes.

—¿Qué posibilidad hay de rescate?

—Nulas. Tenemos dedicados todos los transportes en evacuar las ciudades. La base puede admitir a cien mil personas. Por lo tanto estamos prefiriendo a los hombres y mujeres aptos para la lucha o para trabajar en las factorías secretas.

—Es duro que tenga que ser así —asintió Dhal. Ya tenía las botas puestas y salió del cuarto. Fowel le siguió, cerrando la marcha Donkee.

—Hemos interceptado un mensaje del rey Erken-Lo —dijo Fowel cuando estaban cerca de la sala del Consejo—. Su Majestad muestra síntomas de impaciencia. Quiere la gloria de pasearse por las calles de alguna ciudad conquistada.

—Estás tratando de decirme algo, ¿no?

—Sí. Al parecer, Erken-Lo quiere visitar a los prisioneros. Kin-Kismo trató de hacerle desistir, pero el rey rechazó los consejos y aseguró que por nada del mundo se perdería la ejecución de los prisioneros. Es evidente que no espera nuestra rendición.

—A ese maldito humanoide le vamos a dar una sorpresa —Dhal empezó a sonreír—. Sólo tienes que proporcionarme un puñado de soldados dispuestos a dejarse la piel en el camino. Fowel, necesitamos ganar los dos días que tardará la flota lankei en llegar.

—Sobrarán los voluntarios —sonrió Fowel.

—Yo seré la primera, general —exclamó Donkee.

—¿Se admiten extranjeros? —preguntó Yshamai detrás de ellos.

Donkee la miró furibunda y Dhal pensó que no podía rechazar a ninguna. Si lo hacía la discusión podía durar todo el plazo otorgado por Ghalor.

—No deberías ir, Dhal. Eres el jefe ahora. ¿Qué pasaría si no volvieras? —preguntó Fowel.

El general se detuvo con la mano sobre el picaporte de la puerta que conducía a la sala del Consejo.

—Dime tú qué ocurriría si nuestra gente se entera de que hemos dejado morir a los prisioneros sin mover una sola mano. Ya les exigimos bastante, que continúe luchando después de la derrota sufrida. ¿Qué noticias tienes de la reacción popular?

—Bastante buena. Todo el mundo ha apretado los dientes.

—¿Lo ves? No podemos decepcionarlos, Fowel. Si yo no vuelvo tú te harás cargo de todo. Conoces mejor que nadie nuestros proyectos —se volvió para escrutar a Yshamai—. Lo siento, preciosa, pero no puedo llevarte. Debes quedarte aquí para guiar a los tuyos cuando aparezcan.

Donkee empezó a sonreír y Dhal frustró su sonrisa cuando dijo:

—Por supuesto, tú también permanecerás en la base.

Se introdujo en la sala del Consejo dando un portazo, dejando atrás dos mujeres enfurecidas.

Fowel alcanzó a Dhal y le dijo al oído antes de que dirigiese la palabra a los consejeros:

—Tendré dispuesta la nave dentro de una hora.

—¿Los hombres? Necesitaré unos cien, armados hasta los dientes. Sé que no serán de élite porque los más veteranos los perdimos en Erdho, pero los necesito dispuestos a todo.

—Te prepararé una sorpresa —sonrió Fowel antes de alejarse.

Dhal intentó retenerle, pero el antiguo comandante ya estaba fuera de la estancia. Tuvo que volverse para mirar a los consejeros, quienes le aguardaban con montones de informes y preguntas.

Una hora más tarde, Fowel mostró a Dhal la prometida sorpresa cuando lo condujo al hangar. Allí, además de un grupo de asalto compuesto por ochenta hombres, había una nave de mediano tonelaje. Lo más singular en ella era el emblema que lucía en el fuselaje, el triángulo con la serpiente del reino de Ghalor.

—¿Qué es esto?

—¿No lo comprendes? —Sonrió Fowel—. Este destructor fue capturado hace un mes a los ghalores. Cuando terminamos de poner a punto la flota decidí que sería oportuno remozarlo para exhibirlo a nuestro pueblo el mismo día que anunciáramos la victoria final —rompió la sonrisa por un rictus amargo—. Cuando me enteré del desastre casi ordeno destruirlo, pero ahora me alegro de no haberlo hecho porque te servirá para engañar al enemigo.

—Te felicito, amigo —sonrió Dhal—. Confió en pillar a los

guardianes del campo de concentración un poco idiotizados.

—Si te preocupa no tener un santo y seña, el jefe de navegación del destructor consiguió descifrar un libro de claves que halló a bordo.

—Es lo que necesitaba. Sólo una cosa más: ¿Sabes si el rey ya llegó al campo?

—Si tardáis seis horas en alcanzar ese lugar, Erken-Lo ya estará allí.

—Cuida de Yshamai —dijo Dhal estrechándole la mano.

Los soldados empezaron a subir a bordo. Todos se volvían para mirar a su jefe y ninguno dejó de alzar los puños en señal de victoria. Fowel preguntó con ironía:

—¿También de Donkee? ¿Cómo te las arreglas para complicarte tanto la vida?

—Será una maldición que pesa sobre mí —rió Dhal—. No permitas que se peleen.

Y echó a correr en pos de los últimos hombres que ascendían por la rampa del destructor ghalor.

* * *

A una señal de Dhal, el piloto tomó el comunicador y habló por él imitando la modulación usada por los ghalores, con tanta perfección que cuantos le escuchaban en el puente de mando quedaron admirados.

—Destructor de escolta informa que va a proceder a tomar contacto con la superficie dentro del perímetro vallado. Repito…

Una voz alarmada surgió del aparato.

—Debe explicar el motivo de su presencia, destructor. Esta zona ha sido declarada de alta seguridad.

—Averías importantes. Patrullábamos en el flanco de babor de la flota del almirante Kin-Kismo.

—No pueden descender. Repito: No pueden descender.

—Lo siento, no escucho bien. Las averías afectan a nuestro sistema de comunicación.

El piloto sonrió y de un manotazo cortó el contacto, volviéndose sonriente hacia Dhal Darkes.

—Listo, señor. No creo que nos esperen con las baterías prestas a disparamos. Su desconfianza no llegará a tanto. Los datos que les

hemos proporcionado les harán creer que es cierto lo de nuestra falsa avería.

Cuando descendieron a unos mil metros de la superficie pidieron inspeccionar a través de los telescopios las instalaciones del improvisado campo de concentración. Eran visibles los dos cruceros y la nave real, posada fuera de la valla, sin duda electrificada ésta.

—Nuestros muchachos están a la intemperie —masculló Dhal. En aquel lugar las condiciones climatológicas eran terribles durante el comienzo del invierno—. Unos días más así y los ghalores se evitarían el trabajo de degollarlos.

Poco después podían apreciar los estandartes reales. Erken-Lo, el vanidoso humanoide rey de Ghalor estaría mostrando su arrogancia en medio de los oficiales temerosos de los dos cruceros, riéndose de los prisioneros que tintarían de frío y hambre después de los tres días de cautiverio.

—Seguramente el rey Erken-Lo piensa ahora la reprimenda que escupirá al jefe de su destructor por molestarle la diversión.

El comentario del oficial hizo sonreír a Dhal, pero le preocupaba otra cuestión y preguntó:

—¿Cuánto falta para que finalice el plazo?

—Media hora, señor.

—Vayamos a reunimos con la tropa.

Salió del puente seguido por los capitanes. Todos estaban embutidos en los equipos de guerra ghalores. Dhal sabía que sólo le serviría el engaño durante pocos minutos. El enemigo se percataría de la superchería en seguida. Ellos no podían disimular la mayor estatura de los humanoides.

El destructor descendió a pocos metros de la nave real. La plataforma todavía no había caído al suelo cuando la tropa corrió por ella. El primer soldado saltó y todavía no había caído cuando disparó su arma contra un pelotón de ghalores, con un oficial al frente, que acudía a amonestar a los infractores, seguramente por mandato expreso del rey.

Dhal, al mando de sus ochenta hombres, corrió por la explanada. Se formaron grupos y cada cual se aprestó a cubrir su objetivo. Los soldados de los cruceros estaban muy dispersos alrededor de la valla vigilando a los prisioneros, y los más alejados sólo se enteraron del ataque por sorpresa cuando vieron encima a los arganes que vestían

sus mismos uniformes.

Los dos cruceros fueron dominados en pocos minutos. Sin embargo la guardia real opuso mayor resistencia, teniéndose los arganes que emplear a fondo para someterla.

Dhal irrumpió en la nave insignia real y conquistó el puente de mando, justo cuando algunos pocos oficiales intentaban ponerla en el aire.

Apuntó con la pistola a un oficial ghalor. La imagen del humanoide era la más viva representación del miedo.

—Dime dónde está tu monarca —le increpó.

Con gestos, el ghalor le indicó una puerta medio escondida entre paneles de mandos. Dhal arrojó el herido y se lanzó hacia aquella dirección. No supo si le seguían algunos de sus soldados, ni le preocupó.

Encontró al rey Erken-Lo agazapado tras unos cojines, en una estancia decorada con lujo insultante.

Lo agarró por las vestiduras de oro y sedas y lo arrastró hasta el puente, en donde lo depositó en un sillón, frente al sistema de comunicación. El rey miraba a los falsos soldados ghalores con sus ojos redondos llenos de pavor.

—Ahora dirigirás un comunicado a tus siervos. Les dirás que estás en nuestro poder. Si quieren salvar tu vida deberán regresar a Ghalor y deponer toda actitud bélica contra nosotros.

Un soldado se acercó para trabajar en los aparatos, intentando localizar la banda de emisión ghalor. Mientras tanto, Dhal pidió informes a sus hombres.

La situación estaba dominada. El ataque por sorpresa había dado su fruto y ellos apenas habían tenido bajas, mientras los muertos por parte enemiga sumaban algunas docenas, siendo hechos prisioneros, los demás guardianes.

—Quiero que se acondicionen los dos cruceros y embarquen en ellos todos los cautivos inmediatamente —dijo Dhal mirando de reojo al asustado rey—. Que los conduzcan a la base lo antes posible, excepto aquellos que estén en condiciones de luchar. Un par de cientos de soldados no nos vendría mal.

—¿No sería aconsejable marcharnos todos? —preguntó una mujer con el grado de teniente.

—Lo haremos pero más tarde. Es preciso que el enemigo localice

nuestra emisión y no tenga la menor duda de que hemos liberado a nuestros compañeros y tenemos a su rey como rehén.

CAPÍTULO IX

Kin-Kismo escuchó imperturbable a su rey.

Contempló la imagen de Erken-Lo reproducida en la pantalla de televisión, levemente distorsionada a causa de las perturbaciones atmosféricas. No obstante sabía que el color macilento en la piel delicada del monarca era puro reflejo del miedo que lo embargaba. Incluso podía apreciar el temblor en las manos del cautivo.

—Obedece mis órdenes —concluyó el rey gimiendo miserablemente.

El almirante giró la cabeza y escrutó las expresiones de sus oficiales, situados detrás de él. En ninguno de ellos halló el menor síntoma de misericordia para Erken-Lo.

—Majestad —dijo Kin-Kismo—, los altos intereses de la patria ghalor me obligan a decirle que es preciso su sacrificio. Por lo tanto, yo asumo el máximo poder del reino desde este momento, ya que usted no puede tomar decisiones que favorezcan nuestra causa.

—¡Almirante! —Gritó Erken-Lo agitando los puños, como si deseara atravesar las distancias y golpear con ellos a Kin-Kismo—. Tu actitud es merecedora de muerte. Serás ejecutado por alta traición, yo soy el rey y exijo que tu lugarteniente asuma el mando y…

—Basta, señor —sonrió Kin-Kismo, hablando con tono preocupado, pero sonriendo abiertamente a su monarca, seguro de que ningún oficial podía descubrirle su alegría—. El pueblo de Ghalor sabrá que usted me pidió que continuara la lucha. Jamás le diré que se portó cobardemente, prefiriendo sacrificar nuestra gloria por salvar la vida. Se le erigirán hermosos monumentos que recordarán a nuestros hijos su porte heroica al asumir la muerte en manos de los humanos. Por favor, no nos defraude más y deje de temblar.

A sus espaldas se escucharon risas apagadas. Kin-Kismo se limitó

a sonreír más ampliamente. Ahora estaba seguro de tener a su lado a todos los miembros del Alto Mando.

—¡Te arrepentirás, Kin-Kismo! —bramó el rey.

Incapaz de aguantarse por más tiempo, el almirante soltó la carcajada que desea expulsar de su cuerpo. Antes de cerrar la comunicación, dijo dulcemente al rey:

—Adiós, Erken-Lo. Te deseo que nuestros enemigos te den una muerte rápida.

La imagen se disolvió en la pantalla y Kin-Kismo se alzó y dijo a sus oficiales:

—Al pueblo de Ghalor se comunicará la muerte de nuestro rey cuando hayamos aplastado a los arganes.

Paseó por la estancia, pensativo. Se detuvo de pronto y dijo:

—Ahora atacaremos sin esperar a que se cumpla el plazo. Nuestro primer objetivo será la capital de Arga.

—¿Por qué no zanjamos antes el asunto del campo de prisioneros?

—Bah, no merece la pena. Para cuando lleguemos allí esos humanos habrán escapado. Sólo hemos perdido dos naves de guerra, el navío real y unos cientos de soldados.

—Pero el enemigo ha recuperado a sus compatriotas cautivos…

—La mayoría no puede estar en condiciones de luchar, medio muertos de hambre y frío —rió el almirante—. Admitamos que los arganes son tenaces y también valientes, pero su valor lo sacan de la desesperación. Ellos se moverán nerviosos y asustados, mientras que nosotros actuaremos con frialdad, calculando cuidadosamente cada movimiento. Primero conquistaremos la capital, luego las demás ciudades, una por una.

* * *

—En realidad hemos hecho un favor a Kin-Kismo —se lamentó Dhal, aceptando la taza de caldo caliente que le ofrecía Donkee.

—Sí, lo habéis convertido en el usurpador legal de Ghalor —dijo la chica, sentándose frente al general, al otro lado de la mesa.

—En cierto modo esperaba algo parecido, pero no supuse que el almirante se atreviera a tanto teniendo detrás a los componentes del Alto Mando. Tal vez llevaba tiempo preparando el derrocamiento de su rey.

Dhal bebió un sorbo de caldo y entornó los ojos. Había llegado hacía poco a la base, enterándose de que los dos cruceros con los cautivos a bordo estaban allí desde hada varias horas. Después de conversar un poco con Fowel optó por retirarse a descansar un par de horas. Le dolía todo el cuerpo, pero Donkee le esperaba allí y le dijo que debía alimentarse también.

Al general se le cerraban los ojos, le dolía todo el cuerpo y miraba con hambre la cama, deseando tenderse en ella y dormir.

—Debo hablarte —dijo Donkee.

—Será más tarde —bostezó Dhal—. Estaba riquísimo el caldo, pero ahora sólo deseo…

—Es importante.

—Ya sé que la flota ghalor está descendiendo en la capital, encanto. Pero allí sólo encontrarán casas vacías. La gente ha podido esconderse en los montes y en los bosques.

—Quiero hablarte de la lankei.

—La he visto y me ha asegurado que dentro de poco estarán aquí los suyos. Entonces los ghalores recibirán su merecido.

Se dirigió hacia la cama con la intención de echarse en el lecho que parecía llamarle con insistencia; pero Donkee se le interpuso.

—Mientras estabas fuera seguí a Yshamai todo el tiempo.

—Eso no está bien…

—Ella aprovechó anoche para entrar en la sala de transmisiones cuando no había nadie allí.

De repente a Dhal se le quitó el sueño y parte del cansancio.

—¿Qué estás intentando decirme?

—La lankei llamó en secreto a los suyos. Dhal, no sólo tenemos por enemigos a seres humanoides, sino también a humanos. Los lankeis llegaron aquí con el propósito de conquistar Urlanka. Engañaron a los ghalores, pero éstos no estaban equivocados cuando atribuyeron a la gente de Yshamai intenciones bélicas. Los lankeis enviaron aquí unas pocas naves para establecer una auténtica cabeza de puente. Ninguno de cuantos matamos en Erdho era campesino o científico; todos eran soldados. Ellos creyeron engañar a los ghalores cuando se presentaron con sus mentiras respecto a nosotros. Ha sido un juego doble en el cual nosotros nos hemos limitado a servirles de peones.

Dhal tomó a la muchacha por los hombros. La miró estupefacto.

—¿No desvarías? ¿Acaso…? —Iba a añadir que si no era a causa de los celos que acusara a Yshamai—. ¿Qué escuchaste?

—Esa mujer comunicó a su gente que nosotros confiábamos en ella y que las fuerzas más importantes de Ghalor se concentrarían en nuestra abandonada capital, en donde podría ser aniquilada fácilmente. Luego sería cuestión de habilidad y tiempo hacer lo mismo con nosotros. Están preparando una especie de plan.

Dhal la soltó. La noticia era demoledora. Creyó que la habitación le daba vueltas. Se dijo que él era un militar, no un intrigante. Todo el asunto le producía náuseas, resultaba demasiado complicado para él.

—Según tú, los lankeis fueron engañados como nosotros por los ghalores y ahora ellos proyectan hacer lo mismo, ¿no es eso?

—Exacto, mi general —sonrió Donkee—. No son fugitivos ni colonos, sino tropas de una corporación que posee documentos acreditativos, muy antiguos, sobre la propiedad de este planeta. Lo consiguieron hace muchos años, cuando el periodo final del Gran Imperio. Sus prerrogativas están a punto de expirar y para hacer valer su dominio sobre Urlanka necesitan que aquí no viva ninguna raza inteligente.

—Pero se comprobará que hubo una guerra…

—No quedará nadie vivo, ghalores o arganes, para acusarlos de haber provocado dos genocidios —Donkee torció el gesto—. Es lamentable comprobar que existen humanos peores que nuestros tradicionales enemigos ghalores, pero ésta es la verdad.

Dhal se sentó en la cama y contempló a Donkee. En su mente surgió la imagen diabólica de Yshamai. El recuerdo de las caricias de la lankei, el amor frenético que ambos compartieron en dos ocasiones, haciéndolo a escondidas, como dos amantes ilegales, sobre todo para no ocasionar dolor a Donkee, dolió a Dhal profundamente.

Se sintió manejado, engañado como si fuera un imbécil.

—Yshamai… —empezó a decir.

—Ella es la jefe de la primera expedición.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo sé por la forma que habló, dando órdenes.

—¿Has contado esto a alguien?

—Todavía no.

Dhal asintió.

—Hiciste bien.

—¿Qué piensas hacer?

—No lo sé, pero es preciso pensar algo.

—No tenemos mucho tiempo. A lo sumo, la flota lankei estará aquí dentro de veinticuatro horas.

—Y se dirigirá directamente a la capital. Es lo que acordé con Yshamai.

—Luego se volverán contra nosotros.

—No creo que lo hagan inmediatamente. Ellos querrán reunirnos, elegir el momento apropiado, cuando menos esperemos su reacción.

—Entonces tenemos cierta ventaja.

Dhal tomó su guerrera y empezó a ponérsela.

—Veré a Yshamai —dijo—. Debo sacarle cierta información.

—Ten cuidado con su poder de seducción —le advirtió Donkee.

—¿Me consideras tan inseguro como un cadete? —protestó él dando un portazo.

Pero por el camino se dijo que tal vez lo había sido.

CAPÍTULO X

Desde la tenaza del palacio del Consejo, Kin-Kismo extendió los brazos, mostrando la ciudad a Murtan.

—Es el primer paso. Pronto todo Arga estará en nuestro poder. Tu gente, Murtan, ha escapado ante mi llegada. Ni siquiera ha disparado un solo tiro.

Murtan, pálido y avejentado, se apoyó sobre la balaustrada y consideró la posibilidad de sorprender a sus dos guardianes apostados a sus espaldas y arrojarse por ella. Le sobrecogía la soledad de la ciudad, el vacío de sus calles, en las cuales de vez en cuando se veía el paso de una patrulla ghalor. En las afueras estaba concentrada toda la flota enemiga. Por una avenida cercana pasó una columna de vehículos transportando cuanto de valor habían reunido las brigadas ghalores dedicadas al pillaje, ¿por qué no acabar de una vez, frustrar los proyectos de Kin-Kismo de ponerle dentro de una jaula y exhibirlo como parte del botín?

—Te contaré mis planes, Murtan —dijo el almirante volviéndose hacia él—. Cuando vuelva a la capital del reino me haré coronar rey. El pueblo, enfebrecido por las victorias que he conseguido, no se opondrá. En realidad consideraba como un mequetrefe a Erken-Lo. Durante unos años impulsaré las industrias y desarrollaré nuevas naves capaces de viajar a velocidad de la luz y alcanzar los mundos de otros sistemas. Confió en conquistar intactas las instalaciones que tenéis en alguna parte de Arga, en las que haré trabajar a tus compatriotas reducidos a la condición de esclavos. Cuando no los necesite, los mataré o dejaré que se mueran de hambre.

—Eres una bestia sin alma —gritó Murtan. Los dos guardianes tuvieron que sujetarle para impedir que se abalanzara contra el almirante.

—Y tú un ridículo humano —dijo Kin-Kismo despectivo—. La

raza ghalor se impondrá en la galaxia. Volveremos a las estrellas de donde procedemos.

—Tus antepasados fueron súbditos de un emperador humano que los utilizaba como mercenarios.

—Ah, eso dice la leyenda —rió el almirante mirando el cielo nuboso del amanecer—. Mañana conquistaremos otras ciudades, y tú acabarás diciéndome dónde está la base secreta esta misma tarde. Mis especialistas te sacarán la información, seguro. Es la única razón por la cual no te ofrecí a esos humanos cuando creyeron que iban a conseguir algo amenazándome con matar al rey Erken-Lo. Tal vez lo hayan ejecutado a estas horas.

—Nosotros no matamos prisioneros.

Murtan consiguió librarse de uno de sus guardianes dándole un golpe en el estómago y luchó con el otro. Kin-Kismo comprendió su intención de suicidarse y gritó al soldado que lo impidiera.

Pero Murtan luchaba con la fuerza que te proporcionaba la desesperación y logró pasar una pierna por encima de la balaustrada. El ghalor que lo sujetaba pretendió sacar su arma y apenas la había conseguido empuñar cuando el jefe argane, aprovechando el descuido, se arrojó al vacío, arrastrándolo consigo.

Kin-Kismo lanzó un grito de rabia y se asomó para ver cómo los dos cuerpos se estrellaban en el pavimento de la plaza. Se volvió lleno de rabia contra el guardia que quedaba en la terraza, quien empezó a retroceder ante la cólera de su superior.

—Maldito, voy a hacerte pedazos…

Un rugido enorme cubrió la ciudad súbitamente y el almirante, futuro rey de Ghalor, se detuvo y elevó la mirada al Cielo. Quedó petrificado ante el espectáculo que ofrecían cientos de esferas metálicas que aparecían velozmente, procedentes del norte.

—Por los dioses de Ghalor… ¿Qué es esto? No puede ser la flota antigua de Arga, no llegan de la superficie, sino del espacio.

Se aferró a la balaustrada y no sintió el dolor de los dedos, absorto con el paso de las naves brillantes que empezaban a arrojar miles de proyectiles contra la periferia de la ciudad, sobre el perímetro donde estaban posados los cruceros reales.

Kin-Kismo consiguió salir de su asombro y se precipitó al interior del salón, vociferando como un poseído, reclamando la presencia de sus oficiales. Fuera en la plaza estalló una descarga de

energía y todo el edificio sufrió una conmoción. Vio a servidores correr desaforadamente, presionados por el pánico, dirigirse escaleras abajo.

De pronto el techo se derrumbó y montones de escombros sepultaron a los fugitivos, obligando al almirante a regresar a la terraza, desde donde tuvo que presenciar, impotente, las columnas de humo que se alzaban en el campo provisional de aterrizaje.

Kin-Kismo no vio despegar ningún crucero ghalor, pero en cambio sus ojos se cansaron de ver sobrevolar la ciudad las misteriosas naves, que daban una pasada de otra arrojando proyectiles y descargas de láseres sobre objetos elegidos de antemano.

No podían ser de Arga, pensó el almirante. De pronto su mente se iluminó y le llegó la respuesta. Aunque no eran del mismo modelo, algo le decía que estaban tripuladas por la misma clase de humanos que los arganes barrieron de las tierras de Erdho.

Fue su último pensamiento. Una esfera plateada descendió sobre el palacio del Consejo y disparó una poderosa andanada. Kin-Kismo sólo apreció el comienzo del estallido. Una décima de segundo después ardía dentro de la hoguera de fuego blanco.

* * *

Apartado un poco de todos, Dhal Darkes permanecía con los brazos cruzados y apoyada la espalda contra la pared. Escuchó, como si procediera de un kilómetro de distancia, la voz de Yshamai felicitando a quien dirigiera la flota lankei que acababa de aniquilar las naves de Ghalor posadas cerca de la capital de Arga. La comunicación sólo era verbal, pero para Dhal no tenía la menor importancia el hecho de no contemplar el rostro del interlocutor de la mujer.

Yshamai estaba rodeada por todos los consejeros, quienes expresaron con alegría las noticias que se recibían. Al lado del comunicador. Fowel se volvió y lanzó una mirada de complicidad a Dhal, quien se limitó a asentir con un leve movimiento de cabeza.

Fowel esperó a que Yshamai terminase de hablar con su compatriota y entonces le dijo:

—Yshamai, con gusto recibiremos a tu gente. Dile a quien manda vuestra flota que les esperamos en la montaña.

Ella le miró un poco sorprendida.

—¿No sería mejor celebrar el encuentro cerca de la capital? —Sonrió queriendo ser divertida—. Las naves ghalores destrozadas podrían significar un símbolo, un telón de fondo para nuestro encuentro. Pienso que vosotros podéis acudir con todas vuestras fuerzas y…

—La bienvenida en la ciudad resultará más cálida cuando vuelvan sus habitantes. Ya sabes que en la montaña disponemos de hangares suficientes para alojar a todas vuestras naves.

Yshamai entornó los ojos y meditó. Una chispa iluminó de pronto sus ojos, sonrió y respondió:

—Creo que tienes razón, Fowel. Mi jefe estará de acuerdo, sin duda.

Fowel se retiró del comunicador, dejando a Yshamai transmitiendo por radio su petición. Se acercó a Dhal y le susurró:

—No sospecha nada.

—Mejor —respondió el general con voz ronca.

—Todo esto es muy duro para ti.

—¿Para qué negarlo?

Tenemos con Donkee una gran deuda. Digamos que sin sus celos por tus atenciones con Yshamai jamás hubiéramos sabido la verdad. ¿Cómo empezó a sospechar ella? Me avergüenzo no haber caído en la cuenta yo también…

—Donkee encontró algo raro. Creo que fue la proximidad del resto de la flota. Debimos darnos cuenta que esas naves esféricas llegaron demasiado pronto, incluso apenas tuvimos que insistir cuando les dimos las coordenadas de la capital y la situación del palacio del Consejo, ya que nuestros espías nos comunicaron que allí había instalado Kin-Kismo su cuartel general.

Fowel lanzó un suspiro, apretó el brazo de su amigo para darle ánimos y dijo antes de salir del cuarto:

—Debes distraer a Yshamai durante las próximas dos horas, que será el tiempo que necesitará la flota de Lanke para llegar aquí.

Dhal asintió.

—La llevaré al exterior. Esperadnos allí.

Dhal pidió a Yshamai que fuera con él hasta el hangar donde todavía conservaba el pequeño vehículo con el cual huyeron del campo de batalla en Erdho.

—Querido, hoy será un día memorable —le dijo Yshamai agarrándose a su brazo—. No debemos preocuparnos por la población ghalore, al menos por el momento. Sin ejército, ni naves, será una presa fácil. Después de celebrar nuestro encuentro estableceremos un plan de aniquilamiento seguro y eficaz.

—Magnífico —intentó sonreír Dhal. Se alegró de que Yshamai estuviese tan contenta que no se percatase de su seriedad en unos momentos que debían ser de alegría.

Pero Yshamai frunció el ceño cuando encontró a Donkee esperándoles junto al pequeño vehículo, una hora después.

—La soldado Donkee ha aprendido a pilotar la lancha y le he pedido que nos lleve a un lugar fuera de la montaña, desde donde podremos presenciar la llegada de las naves de Lanke, cariño —explicó Dhal invitándola a entrar.

Yshamai encontró en la mirada de Donkee una expresión extraña, como de burla, cargada de divertida premonición.

El pequeño vehículo partió del hangar subterráneo y voló despacio, alejándose de la montaña. Entonces Donkee, con la mirada al frente, dijo:

—Tus naves no deben encontrar dificultades para alojarse en nuestros subterráneos, Yshamai.

—¿No deberíamos estar cuando llegasen? —preguntó la mujer.

—Habrá tiempo de volver —replicó Dhal.

Después de unos minutos de corto vuelo, el vehículo se posó en una cornisa. Allí había mucha gente, todo el Consejo de Arga, muchos oficiales y numerosos soldados. También desde aquel lugar, además de la mole de la montaña que acababan de abandonar, se podía observar la llanura cercana, en donde varias docenas de viejas naves posadas llamaron la atención de Yshamai.

Dhal la ayudó a bajar del vehículo y ella preguntó señalando las formaciones de cruceros veteranos en cien batallas contra los ghalores:

—¿Qué hacen ahí? —Se volvió para mirar la gente que a su vez la miraba a ella. Yshamai se asustó ante la seriedad de todo—. ¿Por qué están aquí quienes debían encontrarse en la base para recibir a los míos?

—Espera —pidió Dhal—. Mira el cielo.

Ella alzó la cabeza. Procedentes del sur, todavía caliente la

reciente victoria en sus fuselajes contra la flota de Ghalor, las naves esféricas lankeis se dirigían hacia la montaña, como moscas atraídas por una luz, hacia los numerosos puntos brillantes que eran las entradas a los hangares.

—No comprendo…, Dhal, ¿qué significa todo esto?

—Espera —volvió a pedir él.

Cuando Yshamai vio la expresión dura de Donkee empezó a sospechar lo que iba a suceder. Entonces lanzó un grito y exclamó a los arganes:

—¡Paradlo todo, ordenad que no sigan!

Donkee se acercó a Dhal y él la recibió entre sus brazos. En la cara del general había pena y algo de vergüenza, pero se mantuvo firme y dejó de mirar a Yshamai para ver cómo la última de las naves lankei desaparecía por los hangares.

Fowel sostenía un aparato entre sus manos. Por un momento dudó en ponerlo en funcionamiento. Le dolía lo que iba a hacer. Había asistido a la creación de la base subterránea desde su proyecto en las mesas de dibujo. Ahora le tocaba a él poner fin a un importante capítulo de la historia de Arga. Pero había llegado el momento. No se podía vacilar ahora.

Yshamai descubrió demasiado tarde que Fowel tenía bajo su dedo el poder de aniquilar la flota. Quiso precipitarse sobre él para detenerle, impedir que el botón fuera apretado. Pero lo decidió tarde.

Con Donkee fuertemente apretada, Dhal le dijo un segundo antes de que se produjese la explosión:

—Nos repugna también, Yshamai, pero se trata de Arga, de la supervivencia de mi pueblo. La traición de los lankeis ha sido descubierta a tiempo.

Ella chilló y su grito fue ahogado por el ensordecedor ruido que hizo estallar en millones de fragmentos la montaña.

Y con ella desapareció para siempre hasta el último lankei, hasta su última nave de guerra.

Sobre la cornisa quedó Yshamai, arrodillada y gimoteando.

FIN



A. Thorkent es el seudónimo utilizado por Ángel Torres Quesada (Cádiz, 1940), es un escritor español. Estudió Comercio. Utilizó este seudónimo para desarrollar bajo este nombre una de las sagas más importantes de ciencia ficción publicadas en España, la Saga del Orden Estelar, junto con la Saga de los Aznar de Pascual Enguindanos (
G. H. White
). Empezó a publicar en 1963, novelas de «serie B», siendo Un mundo llamado Badoom su primera obra, dentro de la colección Luchadores del Espacio. En los años 70 dio el salto a la literatura «seria» de ciencia ficción con La Trilogía de los Dioses, La Trilogía de las Islas, Las Grietas del Tiempo, Los Sicarios de Dios o Los Vientos del Olvido, una de sus mejores novelas, que resultó profética por retratar siete años antes de los atentados del 11 S la situación política actual sobre las políticas antiterroristas que practicó la administración Bush. Hoy en día es uno de los clásicos indiscutibles, junto con Domingo Santos y Carlos Saiz. Ganó el premio UPC en 1991 por El círculo de piedra y el premio Gabriel en 2004 (modalidad del Ignotus a la labor dentro del campo de la ciencia ficción, es decir, es un premio honorífico).